

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Adolfo Hernández: Concepto anarquista del arte. — Luis Felipe Villegas: La Democracia. — Eugen Relgis: Las dos caras de Norteamérica. — M. Celma: La vida y los libros. — Víctor García: Aymaras, Incas, Mayas y Aztecas. — El modernismo en el teatro. — Campio Carpio: Fusilado al amanecer. — Han Ryner: Los laboriosos. — Puyol: Los Juanes de Cervantes. — Preguntas y respuestas. — Selección de V. Muñoz: El pensamiento vivo de Josiah Warren. — Suno: Microcultura. — Max Nettlau: Breve historia de la anarquía (folletón encuadernable).

DICIEMBRE
1958

96

REVISTA MENSUAL

PRECIO 90 FRs.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

MATERNIDAD

Corresponde este cuadro a la primera época de Picasso. Y parece una réplica humana a las maternidades religiosas de este mes de las navidades cristianas.

Hay algo de sano y de sensual en esta madre y este hijo, llenos de vida y de humanidad. Rústicos y fuertes, vistos por el pintor en un gesto lleno de calor animal, parecen ser la oposición a esos cuadros de los primitivos italianos en que Jesús niño y su madre aparecen como estampas iluminadas e inmóviles, privados de todo calor humano, de toda espontaneidad.

«Cénit» ha querido oponer, a esa concepción de la maternidad divinizada, el sentimiento profundo, vivo, vital, natural de la maternidad, tal como la plasmó en lienzo Picasso cuando aún era un pintor no dedicado a servir con extravagancias, el prurito de originalidad de un público de millonarios sin gusto artístico.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schufman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 250 francos; Semestre, 500 francos. — Exterior: Trimestre, 270 francos; Semestre, 540 francos.

Número suelto: 90 francos.

Faqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VIII

Toulouse, Diciembre 1958

Nº 96

CONCEPTO ANARQUISTA DEL ARTE

Se tejan leyendas en torno al origen de los « Moai » y se habla de que su grandeza se aviene con la estatura de los super - hombres que poblaron el continente de Lemuria, que se extendía sobre lo que hoy es la vastedad del Océano Pacífico; viejas consejas hablan de un cataclismo que sumió a Lemuria bajo las aguas y donde, al parecer, la Isla de Pascua, especie de santuario colocado en la cima de altas montañas guardó testimonio de este diluvio apocalíptico. Según Hoerbiger, la historia difiere un poco : la luna no habría sido el primer satélite de la Tierra. Hubo tantas lunas como eras geológicas; cada una de éstas habría terminado con la caída del satélite sobre la tierra, provocando la destrucción o la modificación profunda de la vida en la superficie. Las condiciones de existencia variaron en función de la fuerza de gravitación de las diferentes lunas, así, al terminar la era secundaria, la gravitación lunar alcanzó su máximo y compensó más ampliamente la gravitación terrestre; ello dió lugar a que los organismos vivientes lograran proporciones gigantescas. Jean - Clarence Lambert, en un hermoso estudio, nos dice al respecto : « De tal periodo provienen los animales de 30 metros de largo — bien conocidos de los paleontólogos — y, por lo que nos asegura una teoría reciente (Saurat : L'Atlantide-1954) también los predecesores del hombre : los gigantes.

Entonces ocurrió la gran catástrofe — que podría explicar el origen de los « Moai » y de las estatuas gigantescas que adoraron los toltecas, los monolitos de Malekula en Nueva Guinea o las figuras colosales escandinavas y egipcias — a finales del secundario, tras lo cual siguió un periodo carente de satélite y en cuyo transcurso comenzó a formarse la Luna actual, los gigantes oprimidos por una pesadez cada vez mayor, desaparecieron progresivamente y fueron reemplazados por los hombres ordinarios, nuestros ancestros, a los que lega-

ron parte de su ciencia y fueron adorados por ellos como dioses. Muchas mitologías concuerdan en mencionar la era de los gigantes como la gran etapa civilizadora en la Humanidad. Todo lo precedente no pasa de ser una fascinante leyenda a que nos dan pie distintas cosmologías que nos hablan de cataclismos y del nacimiento del hombre, pero, lo realmente interesante son las observaciones verificadas en la multitudada isla de Pascua, puesto que conciernen al arte y a la tesis que estamos exponiendo en cuanto a una regresión ¿antinatural o natural? — recordemos las extrañas asociaciones y disgregaciones de materia inter-estelar —. Lo cierto es, que la señora Goeritz, al estudiar las figuras que se encuentran en las laderas del Reno Raroku (la montaña más alta de Pascua) indica, incisivamente : « Pero lo realmente interesante y curioso en este museo natural, está en la proporción dada a esa monumentalidad tan descomulgada, en la que la fuerza expresiva de los rasgos faciales, en la simplificación de los volúmenes gigantescos lo que empareja a estas esculturas con los conceptos más modernos de la estética y de la plástica actual escultórica. Y son estas cualidades las que no deben sorprendernos. ¿Acaso, de todos aquellos ídolos y figuras importadas del Gabón y el Congo Belga y la Costa de Marfil no se derivó todo el cubismo...? Pues en esta ideología artística tan primitiva y espontánea ¿por qué no ha de generarse un medio escultórico que, por otra parte, ya está intentado y practicado por maestros de la escultura de vanguardia...?

Las reflexiones que anteceden, corroboradas por numerosos estudios publicados en diversas lenguas y que se refieren a la similitud de las fases creadoras del pasado con las del presente, nos sugieren que estamos atravesando igual confusión de pensamiento que nuestros remotos ancestros; ciertas abstracciones suponen ignorancia o miedo — lo uno va con lo otro — y parece que

quisieran pedir al arte contemporáneo más sencillez trascendente, en contraste con esas remotas épocas de ídolos hieráticos, deshumanizados, como si el arte fuera cosa de dioses y no de simples mortales, como si las expresiones artísticas no fueran representación humana, sino efluvio divino. Por tanto, estamos pidiendo menos cerebralismo en la escultura, en la pintura y la música, más exposición trascendente en la literatura y el pensamiento contemporáneo. Estimo que la concepción anarquista del arte pide una comunión más acendrada entre artista y pueblo, no por disciplina dogmática o por formalismo como piden los soviets a sus artistas, sino porque la misión del arte es tanto educar como exaltar la belleza, una belleza útil a nuestros sentimientos, a nuestras ideas de elevación, de dignidad. No queremos arte por el arte, queremos arte para la libertad o, mejor dicho: arte en función de libertad. No puede haber belleza en la complejidad. No pedimos armonía geométrica, sino de formas, y ello implica, necesariamente, (hablamos de pintura) volver a los moldes pictóricos viejos, sino más elegancia en la ejecución, más arte; menos elucubración y más inspiración.

Por lo afirmado y por encima de nuestros gustos personales, no dejamos de admirar —en lo que a México se refiere— la monumentalidad de un Diego Rivera, de un Alfaro Siqueiros o de Tamayo— en algunas de sus épocas—; Orozco es materia aparte, podría decirse de él que, la concepción y el trazo se unen para una expresión artístico-pictórica que constituye cumbre plástica de este tiempo en tierras de Anahuac.

En Orozco hay algo más que una expresión; una vasta concepción del arte se agita en la entraña misma de su ser. Luis Cardoza y Aragón ha escrito un libro brillante en torno a la personalidad del maestro, de él extraemos los párrafos que siguen y que significan un enunciado dinámico de lo que debería ser el arte actual: «Sintió la necesidad colectiva y no sólo la individual. Jamás la idea de frustración o la busca de la tranquilidad o felicidad personal...» Cintila en Orozco el amor a la naturaleza cuando Cardoza y Aragón nos dice: «Hay tanto misterio y tanta luz, al mismo tiempo, en un cedro milenario como en un grano de trigo». Fue un observador constante de la naturaleza. Al hombre lo observó pacientemente, obedientemente, interminablemente. La inagotable riqueza de los movimientos, de los gestos, de las actitudes para decir el infinito de las pasiones, con agudo análisis en la línea de menor significación» (lo que sigue es de suma importancia para fijar nuestro pensamiento). «Partía del hombre, de la figura humana, y pronto esta enciclopedia abarcó las presencias menos accesibles y evidentes por su propia hondura. Lo bello para el hombre es solamente lo que está construido como él mismo, como su cuerpo y como su espíritu. Instantáneamente se piensa en Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas: de aquellas que existen y aquellas que no existen; el mismo surrealismo —dice— por mucho que sueñe, tiene necesidad absoluta de formas y que éstas sean dinámicas, porque de lo contrario el sueño se convertirá en muerte...» A nuestro entender Orozco fué un rebelde que defendió al hombre con fervor y con rabia, incluso frente a la naturaleza que nos había creado. Su pincel marca la trayectoria humana de las sombras hacia la luz, marca el sello civilizador de nuestra estirpe hacia cumbres más puras de tolerancia, de justicia.

Quizás sea en la literatura y en el cine, donde los valores artísticos contemporáneos encuentran las cumbres más puras. Dos de sus figuras conspicuas formulan conceptos que se identifican con lo que nosotros entendemos debe entroncar la sensibilidad libertaria. Albert Camús dijo verdades universales al recibir el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo hace unos meses: «Personal-

mente no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de toda otra cosa...» Más adelante añadirá: «A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de colores y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y más universal. Y aquellos que muchas veces han elegido su destino de artista porque se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia más que confesando su semejanza con todos...» He ahí una conmovedora confesión de la estrecha identidad del artista con los hombres; no puede, no podría el artista, sin deshumanizarse, olvidar su origen. En este sentido el mundo de los hombres precisa de críticos, de estiletes que ahonden en las aberraciones tan pródigas en las sociedades de todos los tiempos.

La forma de crítica más trascendente ha sido la filosófica y la literaria: toda ella, desde sus albores, se ha referido a la angustia del hombre por encontrar respuesta a los constantes interrogantes que se le plantean. Aquí es donde las distintas facetas del arte encuentran su misión constructiva, encauzadora, su misión social. Hoy seguimos hundidos en la encrucijada de una lucha de dos grandes corrientes: democracia capitalista o comunismo estatal, esta lucha no puede ofrecer porvenir; el porvenir es del anarquismo, con su nueva moral y del anarco-sindicalismo como cauce lógico de su redención material. Ante ello debemos pedir al arte más valentía y crítica social.

Juan Osborne, el nuevo dramaturgo que ha revigorizado el teatro contemporáneo inglés, cuyo brillo estaba empalideciendo de un tiempo a esta parte desde las brillantes candilejas de Shakespeare, Mariow, Johnson, Byron y Shaw nos lo dice incisivamente en unas declaraciones recientes: «No puedo seguir riéndome de las idioteces de las gentes que gobiernan nuestras vidas. Ya nos hemos reído bastante de sus insignificancias y alegres locuras... ya dejaron de ser chistosos, porque no sólo constituyen un peligro, sino un verdadero atentado contra la vida...» Por supuesto que tiene razón Osborne. No podemos dejar tranquilamente al gregarismo seguir su marcha desquiciante, como no podemos dejar que la caspa haga sus estragos con filosófica impotencia. Siendo deterministas no somos fatalistas y estamos listos para combatir el conformismo; en este sentido, la noción anarquista del artista implica un constante embate frente a reglas inmutables, puesto que nada hay inmutable. Todo camina y se transforma. Usualmente nos volvemos ortodoxos cuando el fin de nuestras vidas se aproxima. Así es en algunas facetas del arte, circunstancial. Pero es que el arte siempre debe ser trascendental. Afortunadamente, aunque sea pequeña, hoy existe una literatura que tiene estrechos puntos de contacto con la sensibilidad libertaria; es indiscutible el que tengamos que fortalecerla, con nuevas ideas que refuerzan la esencial: el concepto de libertad en el hombre; de «su» libertad y de la tolerancia debida a las libertades de todos los hombres, hasta el límite de que «una» libertad pudiera constituir un atentado contra las libertades de sus semejantes. Por supuesto que habrá que considerar las limitaciones que, en función social, tendría que tener esa libertad, pero esto debería entrañar una exigencia mínima e indispensable, donde en estricta justicia se declara hasta que punto la libertad debería considerarse como un abuso. Aquí, la ayuda mutua se vuelve contrato funcional como precisaba Herbert Read.

Las posibilidades de un arte nuevo y popular encuentran en el cine y en la televisión muchas oportunidades de extensión. Tal parece que el arte de las sombras

está llamado a crear —de hecho lo hizo— un interés inigualado en los hombres de todas latitudes. El cinematógrafo es un aglutinante de las demás artes y un divulgador maravilloso, además de convertirse en poderoso instrumento de propaganda y de fraternidad universal, en la medida de la buena voluntad humana. Como es un arte contemporáneo por esencia y potencia —su primitivismo se remonta a no más de 30 años de finales del siglo pasado— sus pioneros viven todavía en la mayoría de los casos. René Clair y Chaplin son afortunados exponentes del mismo; clásicos por esencia. El dramático discurso del inmortal cómico en «El Gran Dictador» es la clave del pensamiento chapliniano y de su arte. «Queremos vivir de nuestra mutua felicidad y no de nuestra mutua desdicha...» «Vosotros, el pueblo, afirmará Charlot» tenéis el poder de crear una vida libre y magnífica, de convertir la vida en una aventura esplendorosa...

Hemos efectuado, pues, una rápida excursión por los derroteros del arte contemporáneo y hemos visto su lucha denodada por encontrar una explicación al aparente callejón sin salida en que se ha metido la Humanidad actual. Es como si la vuelta del arte al abstraccionismo más puro del neolítico— ya hemos visto las analogías al respecto— cuando las fuerzas de la naturaleza intimidaban al hombre con su omnipotencia, hubieran surgido de nueva cuenta. Nos refugiamos en el simbolismo, la mayoría de las veces, cuando no tenemos noción exacta de lo que nos rodea. Como en el neolítico, la era del hidrógeno liberado nos sobrecoge y no nos quedan fuerzas para cantar a la vida, como corresponde en primerísima misión, al arte. Estamos pues frente a una lucha encarnizada por volver menos intrincado el arte y lo queremos en función de utilidad social; solamente cumplirá esa misión cuando sirva para cantar a la vida y sea lucha contra todas formas opresivas. Es indispensable, ante todo, pedir claridad no complejidad absurda a una función que dignifica al hombre. Patrimonio del pueblo y no de una casta, el arte debe responder de la elevación moral y educacional del hombre. Es, ante todo, misión esclarecedora y para ello se vuelve, en ocasiones, bisturi liberador de lacras.

VI

CONCLUSIONES

Existe un pensamiento pesimista de John Ruskin que afirma: «El período en el que cualquier pueblo dado alcanza la máxima altura en el arte es precisamente aquel en que parece firmar la sentencia de su propia ruina». ¿Será igualmente aplicable el axioma de Ruskin a los pueblos que puedan alcanzar su cénit científico? Es decir, será dado al materialismo el mismo fin que a las comunidades humanas más desarrolladas en el curso de la historia del hombre; si tal parece que es el sino fatal que nos marca la crónica de los tiempos, habría que deducir que un inteligente examen de nuestras fallas causa una auto-crítica demoledora. He ahí a Grecia, a Roma, Egipto, Siria y los reinos indostánicos que amamantarón el río Amarillo, el Eufrates, el Tigris, el Bramaputra (según algunas teogonías somos hijos del agua (en especial de los ríos). Todos ellos parecen corroborar nuestras palabras, nuestras presunciones. En la cumbre de su poderío material y cultural se cuartearon y hundieron a veces ante fuerzas regresivas.

Por otra parte, si cogemos que el anarquismo es la más elevada de las introspecciones que los seres humanos hayan forjado, para volcarla al análisis de las leyes naturales, que es, al mismo tiempo el máximo de sen-

sibilidad que el arte exige, puesto que no solamente entronca con la moral sino que la demodera... si deducimos todo esto y lo unimos a la tesis fatalista de la historia. ¿Podría ser —repito—, el anarquismo el fin de la civilización, por ser su cénit y el inicio de la decadencia...? Pero una cosa es la razón histórica y otra la razón filosófica; eso sí, ambas debieran de tener como meta la verdad y para afinar esa verdad sabemos que existen muchos caminos en los que los hombres no hemos llegado a ponernos de acuerdo.

Entonces, quizás, la hipótesis más aceptable sea la de que el arte es el impulso motor constantemente renovado con el combustible vital de la belleza, para impulsar a la humanidad hacia derroteros más dignos, es decir hacia la máxima sensibilidad moral que sería, en suma, el anarquismo. Parafraseando el pensamiento de Ruskin creemos que la meta no será alcanzada jamás, puesto que no podemos pensar en un declive del anarquismo. Claro que para afirmar lo anterior no nos hemos vuelto dogmáticos, ni actuamos hisopo en mano. El anarquismo es, precisamente, esa chispa que nunca se extingue; por el contrario, siempre se renueva. Recordemos a Guyau: «...un sentimiento de fuerza propia; es la vida que se desborda...» Y la vida es incontenible, no hay dique que la detenga.

Pero hay algo más; el sentido de lo inconforme llamado «de rebelión» por Camús. Mientras el sacerdocio de los pueblos antiguos creó una casta privilegiada que regentaba el monopolio del arte, mientras el resto del pueblo —gleba— permanecía humillado, escarnecido, minimizado, algunos de sus sectores empezaron a crear su cultura por acumulación de experiencias, razonamientos e intuiciones rebeldes. Mientras el arte oficial proliferaba, llenando el ambiente de historias, crónicas, croniquillas y cricones donde se loaba a dioses, gobernantes y soldados de fortuna en turno, el pueblo creó su propio concepto del arte —el verdadero— y fué, en esencia, una exaltación de la naturaleza y un grito de rebeldía poetizado. Así, las dos esencias artísticas: la detentada por los gobernantes y la surgida por manifestación popular, perviven en sus diferentes estratos, pero, poco a poco, la que emerge de la entraña del hombre: la popular, gana fuerza, prestancia y eco para las civilizaciones por venir. Se mantiene la que, por sabia, camina hacia la libertad.

En la actualidad el arte padece de crisis de crecimiento. En «El hombre rebelde» Camús encuentra la fórmula para salir del estancamiento: «Por el arte y la sociedad —nos dice—, la creación y la revolución deben volver a encontrar la fuente de la rebelión, donde rechazo y consentimiento, lo singular y lo universal, el individuo y la historia se equilibran en la tensión más dura».

Creemos por nuestra parte que, de las manifestaciones narcisistas, confusas, caóticas, debe surgir una nueva luz que marcará los linderos libertarios y donde se afirmará un individualismo creador y trascendente. El artista se debe a la humanidad quien lo nutre generosamente y a la cual él debe aportar sus frutos. Ese es el concepto anarquista del arte, la vinculación entrañable del creador con su pueblo, con el hombre que busca la libertad partiendo de su conciencia. Indefectiblemente vamos hacia ello.

Recordemos al viejo cretense de Kazantzakis que maldijo al que no tuviera sed siempre. El anarquismo tiene y siempre tendrá sed de belleza y de justicia; ambas son inseparables en función social y tendrán que ser la pauta que nos marca el futuro en el Arte.

ADOLFO HERNANDEZ

Mayo, 1953.

La DEMOCRACIA

CON impasible indiferencia, el reloj del tiempo marca el minuto que pasa a perderse en la Nada. Y de pronto aparece en el cielo de nuestras desdichas—como aerolito desprendido de quién sabe qué ignorado planeta—un caballero con cuello, corbata y todo, dispuesto a darnos una larga conferencia sobre lo que es o debe ser «Democracia».

Este hecho, en sí mismo, realmente, no tendría mayor importancia, si no fuera que cada uno de los conferenciantes—con matemática seguridad—tiene su personalísimo criterio para interpretar y darle forma material y espiritual a la Idea que dicha palabra encierra.

Es indiscutible que la Idea Democrática existe diez siglos antes que el betlemita bárbaro viera la luz primera; al decir Idea, queremos significar el primero y más obvio de los actos del entendimiento, porque, en realidad, ni entonces, ni ahora, existió Democracia en el sentido concreto.

El primero que llevó al campo experimental esta magnífica Idea hecha carne fué aquel legislador de la vieja Lacedonia, que llegó al gobierno en calidad de tutor de su sobrino, porque un alto concepto del deber... honor, dicen los demagogos; y conste que no le damos la acepción griega—no le permitía usurpar el trono de su hermano.

Este varón, en un arranque lírico de su espíritu quintaesenciado, quiso tomar el más hermoso salmo que hasta aquellos días se había cantado a la Libertad, y como un soñador insoportable, pretendió darle vida al más hermoso sueño que hasta entonces había gestado la mente humana: «la Igualdad».

Este hombre, cuyo nombre es desconocido para la mayor parte de esa gente que vive explotando la ingénita ignorancia de los pueblos, y que, más que como gobernante, ha pasado a la historia por la avanzada legislación que aplicó, se llamó Licurgo.

El primer paso dado por el camino de la Igualdad por este legislador fué el de distribuir la tierra por partes iguales entre los hombres que la trabajaban; estableciendo al mismo tiempo lo que en «aquellos gloriosos» días, como dicen nuestros actuales bolcheviques, se llamó «la Mesa pública», a la cual todos los ciudadanos debían asistir.

De una plumada puso término a los funcionarios vitálidos; organizó el sistema de funcionarios anuales, pero lo que más importancia tiene es el establecimiento de un Senado Deliberante: vale decir, una Asamblea del pueblo.

Es algo sobre lo que no han querido parar mientes nuestros más insignes pensadores, y este «algo» es el fracaso de este ensayo...; que dentro de un sistema de gobierno que rige la vida de un pueblo, donde todos comen, porque el Estado se ha encargado de jacuar los medios, donde todos los que trabajan la tierra son los dueños de ella, y donde el pueblo, ¡el Soberano Pueblo!—como también dicen nuestros inefables políticos—, tiene su «Asamblea», haya fracasado total y absolutamente el sueño magnífico de aquel pensador, nos parece motivo más que suficiente para hacer recapacitar al más terco.

Surgen «in mente», entre otras preguntas, ésta a la que vamos a darle más importancia: «¿Por qué fracasó...?» Entre otras muchísimas causas está la de que en algún plegue del alma de los hombres siempre se acurruca el egoísmo, la envidia y la mentira, y éstos harán papilla de los mejores ideales, mientras exista el Interés que el Estado patrocina; a continuación, pensemos que el pueblo era ignorante, ni más ni menos que en nuestros días, pese a todo lo mucho que presume, porque si no fuera ignorante, no sería como es, el juguete vil de los audaces que medran de la política: lo curioso era que cuando las necesidades del momento así lo determinaban, al pueblo se le llamaba para que «votara», ¡sólo para que votara...!, lo mismo que hoy. Este voto solicitado a la chusma sólo tenía un valor relativo—hoy igual que ayer—, porque una de las facultades del Senado era la de anular esos votos cuando así lo estimara conveniente.

Lo extraordinario es que aquel pueblo, ejemplo sin par, que dio los principios en los que más tarde se basaría este sistema de gobierno—sin que ninguno de los que le siguieron fuera, en el espíritu y en la Idea, lo que el legislador soñara, porque en realidad fué el primer pueblo Demócrata, término que está compuesto de dos raíces: «demos», pueblo, y «kratos», autoridad—, tuviese como jefes permanentes y representantes del rey a los miembros más ancianos de las familias más antiguas, quienes actuaban como jefes del ejército y sacerdotes. De modo que los verdaderos mandatarios, cuya indiscutible autoridad se imponía, era la de los «époros».

De tal suerte que con todas las apariencias de una genuina «Democracia», como el legislador deseaba, aquel gobierno fué el reducto donde mejor pudo destacarse la «Oligarquía», término compuesto de «oligos», número o pequeño grupo, y «arque», mando. Tal como ocurre en nuestros venturosos días con los diversos fascismos, lo mismo da que sea rojo, pardo, negro o azul de cara al sol.

El doloroso despertar de aquel sueño tan hermoso debió de ser una dura pero muy provechosa lección para ese pueblo y para todos los pueblos del futuro; pero desgraciadamente no ha sido así, pues por más que se vió cómo naufragaba en el tormentoso mar de los intereses creados ese enorme bajel de la Libertad, en cuyo palo mayor jugaba con el viento de las mezquinas pasiones la bandera de la Igualdad, que es la oriflama más preciosa que haya besado el sol, nadie acudió a su socorro ni recordó el suceso.

Pero este acontecimiento, que debía haber dejado surco profundo en el alma de los explotados, apenas si dejó una blanca estela como la que dejan los nazios en el mar, o todavía más breve: tal como la que dejan los astros errantes al cruzar el firmamento.

No obstante este fracaso, el pueblo Dorio repitió el ensayo, como es de suponer, sin resultados positivos. Y los romanos no fueron más felices que sus maestros, por mucho que mejoraron el sistema.

En aquellos días, dos poderosas razones determinaron el fracaso del experimento social. El primero y más importante es que los soldados jamás han dejado de ser una «casta privilegiada». El segundo es que todos se olvidaron de los esclavos—antes fué la cadena, luego el látigo, hoy el estómago—, y, por el contrario, sometían a otros pueblos para sujetarlos al yugo de la esclavitud.

El único, entre los reformadores de aquellos días, que realmente pensó en el dolor de las muchedumbres ignoras e irredentas, el único que ocupó la tribuna para hacer oír el potente eco de su voz, exigiendo al gobierno que les quitara a los patricios las tierras que con tanta injusticia éstos tenían bajo su dominio, y al mismo tiempo pedía que ellas fueran entregadas a los pobres, fué Tiberio Graco.

Esta audacia, hija de un corazón grande y generoso, no podía contar en modo alguno con el beneplácito de aquellos brutos uniformados, cuya alma se llenó de odio y rencor, y, claro está, no pudiendo alegar razones valederas en favor del derecho que pretendían tener sobre la tierra que usufructuaban, armaron las manos de sus pobres e ignorantes esclavos, e hicieron asesinar en el Foro a este enamorado de la Justicia y la Igualdad.

Naturalmente, la monstruosidad de este crimen enrojeció los cielos de vergüenza y llenó de justa indignación el corazón de Cayo, quien recogió las nobles ideas de su hermano y juró, pese a la oposición—como se dice ahora—, hacerlas efectivas. Perfeccionó algunos de los puntos del proyecto de su hermano, y, a pesar de la tenaz resistencia presentada, logró que se repartieran las tierras; estableció también lo que en aquellos días se llamó «Las Colonias Pobres» y determinó también que se repartiera el trigo a las clases necesitadas, todo ello por cuenta del Estado, lo que, junto con pedir para todos los pueblos el Derecho a sufragio—visto el fracaso de Licurgo—, siempre nos ha parecido que fué su gran error. Luego la historia se ha encargado de demostrarnos que el sufragio es una macana con que los pueblos se engañan a sí mismos y el Estado, su peor intermedio posible.

Dos años duró el goce de estos beneficios, porque el vil puñal de un esclavo más envilecido todavía, dirigido por la mano oculta del poderoso, cortó el hilo de la

vida noble de aquel ciudadano, y junto con él la de todos sus amigos.

Desde aquellos lejanos días, 121 años antes que llegara a este pícaro valle el nazareno que dejó virgen a su mamá, muchos son los ensayos que se han hecho, tantos que sería necesario disponer de mucho tiempo y espacio para enumerarlos...

No obstante, ayer no más, el laboratorio social volvió a poner en la probeta de ensayo la fórmula «Democracia». Fué el año 1879. No hay para qué reseñarlos, los dolorosos resultados de este experimento están patentes ante los ojos de todos, con la amplísima magnitud de sus desastrosas consecuencias.

Más tarde, el año 1917, una nueva revolución, que, como las anteriores, también conmovió al mundo, nos hizo mirar al universo con risueños ojos. ¡Qué ilusos fuimos! Ni siquiera se nos ocurrió pensar que «Dictadura del Proletariado» eran dos términos que no se podían ligar, y nuestro espíritu se remontó a más altura que la que le permitían sus frágiles alas, y, como pájaro mortalmente herido, se precipitó a tierra, a estrellarse en el duro pavimento.

Después de aquel feroz golpe, nosotros, los que las crueles realidades de la vida nos han hecho abrazar la tesis filosófica que propagó Hartmann, no creemos en la «Democracia». Creemos únicamente en la «Libertad». Sabemos, eso sí, que algunos hombres sanos se propusieron con este sistema hacer un Gobierno del pueblo y para el pueblo; no cometeremos la injusticia de negar que esos mismos hombres tenían el vehemente deseo de dignificar, por lo menos en parte, al hombre esclavo. No ignoramos que algunos ciudadanos honrados, en diversas parte del mundo, pretendieron seguir el ejemplo; pero, por desgracia, aun cuando la tierra era fértil, la planta nació raquítica y muy pronto se secó.

Pero mire usted lo que son las cosas: como el eco de la palabra «Democracia» quedó sonando en los oídos de la ignorante gleba, lo mismo que un cascabel de plata, no faltó el «zorro» que tirara de la cinta y hasta que la cambiara poniendo una más vistosa; con lo cual resultaron nuevos núcleos de hombres que permitieron a los más vivos crearse una expectante situación política y económica.

¿Y el pueblo...? Ahí está... Antes lo explotaban porque no sabía leer; ahora puede leer, pero no entiende lo que lee, y lo más terrible es que no pocas veces ¡ni sabe lo que lee...!

El pueblo no piensa en su vil condición, y si alguna vez lo hace, esta idea pasa por su mente como un meteorito por la azul esfera. Ni borracho se le ocurre establecer la diferencia que existe entre él, que es el que trabaja, y el político que lo dirige, que es el que lo explota.

Mientras los pueblos permanezcan en la ignorancia con que hasta hoy se les ha mantenido, no será posible su total liberación. Y hay que pensar que mientras haya un esclavo, toda verdadera Democracia será imposible.

Se desprende de lo anterior que hay que formar una sólida cultura en el pueblo; pero, ahí está el «pero»: el día que el pueblo pueda adquirir esa sólida cultura, ese día ya no pensará en la Democracia, porque entonces amará la Libertad.

Luis Felipe VILLEGAS



Las dos caras de NORTEAMÉRICA⁽¹⁾

Las opiniones acerca de la América moderna están generalmente envueltas en ilusiones, exageraciones y, con frecuencia, en burdas mentiras. El europeo se deja engañar por los aspectos superficiales de la gigantomanía norteamericana, y su admiración se convierte a menudo en esa estupefacción del padre que se ve sobrepasado por el hijo emigrado allende el Atlántico. El orgullo del americano que quisiera olvidar sus deudas para con la vieja cultura europea, está basado sobre un materialismo vulgar y agresivo. En los Estados Unidos todo está correlacionado a la producción y la rentabilidad. La tendencia de crecimiento ilimitado —un fenómeno biológico— se manifiesta en la sociedad americana con una tenacidad y frenesí que adquieren formas monstruosas. Las energías anímicas e intelectuales son captadas por la máquina. La uniformidad, el «standard», es la primera ley de la civilización técnica americana dominada por los trusts. El individualismo americano llega a ser una vana ilusión, igual que la libertad que no es más que un símbolo grandioso para los extranjeros que contemplan —desde la cubierta del trasatlántico— la inmensa estatua de la Libertad, de vigilia ante el puerto de la nueva «Tierra prometida». Todas las formas de la vida social —política, económica, religiosa, artística— son subordinadas allí al éxito y al provecho inmediato. Las multitudes de todas las nacionalidades, atraídas por los espejismos, pero también por los inagotables recursos del Nuevo Mundo, se mezclaron (con la excepción de los negros africanos y amarillos asiáticos) hasta perder sus características étnicas y ciertas cualidades nacionales. El «hombre medio» —para no decir mediocre— es amasado allí por la despiadada mano de acero de una plutocracia secreta, pero omnipresente y omnipotente, que interviene hasta en las manifestaciones más idealistas del espíritu y del arte.

Estas verdades son confirmadas por numerosos autores europeos y aun americanos. Por un azar de nuestras lecturas, las reencontramos, expresadas con firme sinceridad y lucidez, en un libro publicado hace tiempo, pero todavía actual: «Semblanza de la Nueva América» por Herman George Scheffauer (en la versión francesa de M. Gay, París). Americano de origen alemán, el autor —que se suicidó después de haber fusilado a su secretaria: un drama de la neurastenia— ha dado pruebas, en este trabajo, de sus excepcionales dotes de análisis y de un verbo satírico que no niega, sin embargo, la fe en las grandes misiones humanas. Nos legó un fresco de la grandeza americana: perspectivas impresionantes de la historia en las cuales se perfilan, tal unos gigantes —Faraones re fracs y sombrero de copa— los dirigentes de los

rebaños taylorizados, cada vez más productivos y «eficientes», más frenéticos y finalmente agotados, empujados de las fábricas hacia los mataderos de la guerra rentables también...

Después de exponer los moldes en los cuales ha sido plasmada la América moderna, Scheffauer consagra un capítulo a la vida pública y otro a la vida familiar. Penetra también en los palenques y subterráneos del medio político donde pululan los brutos ávidos de las riquezas y vanidades del Poder, y los esclavos aterrorizados o imbecilizados. Investiga la evolución del puritanismo anglosajón y su predominación en las costumbres familiares y sexuales; penetra luego en la feria infernal de los Negocios, donde algunos «titanosaurios» ejercen su poder sobre los pequeños sátrapas y estos últimos sobre los millones de robots, siervos del trabajo mecánico, trepidante, febril hasta la extenuación final. (Todos estos aspectos se reflejan de una manera fantasmagórica a través de la prensa americana y, por otra parte, son analizados, con pavorosa precisión, por escritores independientes como el ensayista Menckeln o los novelistas Theodor Dreiser, Upton Sinclair, Ernest Hemingway, Sinclair Lewis y otros).

Antes de resumir en el último capítulo sobre el alma americana, sus implacables disecciones sociales —que no carecen de cierto idealismo esclarecido— Scheffauer se refiere a las manifestaciones artísticas y literarias que constituyen una especie de coronamiento de los empeños creadores de una nación. El confirma el aserto del crítico inglés Samuel Butler: «América es el último hogar donde la vida sería soportable para un escritor inspirado». Eso quiere decir que el escritor independiente, el artista y el pensador americano tienen que radicarse en Europa, si desean desarrollar plenamente sus cualidades. Hoy todavía, América permanece tributaria a Europa en lo concerniente al arte y la literatura, pese a que la domina con sus bancos y sus adelantos técnicos. En el lapso de un siglo y medio, ella dió apenas a Whitman y Poe en literatura, a Whistler y Sargent en pintura, a Richardson, St. White y Fr. L. Wright en arquitectura. (Nosotros agregamos a Emerson con su ética renovada, injertada en el tronco del puritanismo degenerado, y a William James cuya filosofía pragmática es, desde luego, específicamente americana, del mismo modo que la poesía fraternal y universalista de Walt Whitman es, por otra

(1) Del nuevo libro de ensayos, en preparación: *El Espíritu activo* de nuestro colaborador Eugen Relgis.

parte, una expresión de los anhelos generosos de otra América).

Según Scheffauer y otros críticos, no existe todavía un arte y una literatura nacional norteamericana, a pesar de que las epopeyas de los primeros «peregrinos» y la titánica lucha contra la naturaleza —que culminó en un industrialismo grandioso— podrían constituir temas poéticos y dramáticos para los verdaderos artistas. El puritanismo anglosajón, que moldeó la mentalidad americana, le impuso una dirección antiartística. Los puritanos habían refrenado los impulsos líricos y rechazado los espejismos «sensuales» del arte. En una sociedad en pleno desenvolvimiento técnico-económico, el creador de valores estéticos y espirituales aparece como un intruso y es considerado aun como un parásito.

Estos conceptos rígidos, de la época de los colonos, persisten hoy día, cuando el materialismo americano está en su apogeo. El espíritu plebeyo es contrario al espíritu apolíneo del arte. «América es un gran tronco, provisto de miembros vigorosos y activos; pero le falta la cabeza... es necesario un organismo compacto e inatacable, capaz de manifestarse por una opinión pública superior; hace falta esa clase social destinada a fomentar las artes, proteger a los verdaderos artistas contra la tiranía de las multitudes y contra las influencias corruptivas de la feria política». La plutocracia mecaniza la obra de arte y la comercializa, igual que cualquier mercadería. Por no ser solidarios, los artistas americanos no tienen fuerza de resistencia; los más se someten a la ley de la demanda y la oferta, y fabrican en serie —de acuerdo a la moral colectiva— obras que gozan de vasta difusión, pero carecen de valor estético y aun del valor humano en general. El destino de algunos poetas independientes, como Walt Whitman y Poe, y de muchos escritores contemporáneos, es bastante significativo. Quien quiere crear libremente, tiene que soportar el silencio o el desprecio que la prensa venal sabe bien «montar».

Después de exponer la profunda influencia de Inglaterra en América, después de evocar a los principales representantes del idealismo americano en nuestro tiempo, extraviados en el tremendo fragor de las máquinas, Scheffauer penetra en el dominio todopoderoso de los periódicos. Para la mayoría de los americanos, el diario reemplaza al libro, del mismo modo que el cine predomina sobre el teatro, y las revistas ilustradas (los «magazines») ofrecen las baratas nociones de «ciencia práctica» y la cómoda «visión» de valiosas obras acumuladas en museos y exposiciones de arte. La tensión de la vida cotidiana, con su desgaste mecánico, hizo que no tan sólo el pensamiento como tal, sino también la simple lectura de un excelente libro de literatura o de problemas elevados llegase a ser un esfuerzo penoso para las masas americanas. Ellas prefieren las imágenes directas, d'naímicas. Quieren percibirlo todo, como en vuelo de pájaro, con sus ojos y sus oídos. La ley del «mínimo de esfuerzo» se afirma, evidentemente, en todos los dominios culturales. Lo que expresa la estúpida uniformidad de la mentalidad americana, es la inmensa industria del cine —aventuras brutales y fastuosas ilusiones de la gloria y la riqueza— y la de los diarios, tipo «Saturday Evening Post», cuya tirada alcanza dos y hasta tres millones de ejemplares. «La intoxicación emocional mediante los diarios es, sin duda alguna, el más mortífero factor antiestético y antiliterario... El cerebro del americano nos hace pensar en una cosa blanda, amorfa, envuelta en un diario».

Cabe mencionar aquí, como característico destino de un escritor americano independiente, a Upton Sinclair, cuyas obras traducidas en todos los otros países, apenas en-

cuentran editores en los Estados Unidos. Retirado en California, desplazándose por razones de salud ya a Los Angeles o Long Beach, ya a Pasadena, Corona o Monrovia, imprime él mismo sus novelas y folletos de controversias sociales: «*Published by Upton Sinclair*». Los grandes editores americanos, buenos hermanos de los grandes capitalistas, lo sabotean. Pero Sinclair, práctico y perseverante como sus conciudadanos, sabe ganarse amigos, en su país y en todo el mundo, que cubren los gastos de la primera edición de sus obras. Cada dos o tres meses, Sinclair les envía una carta relatando sus empeños y sus proyectos.

Por ejemplo, en una carta ya vieja, del mes de noviembre de 1953 (tengo una colección de tales «informes» que abarcan veinte años), supe que preparaba un libro: «*Money Writes*», en el cual, como Scheffauer, examinaba sin miramientos la literatura americana desde el punto de vista... económico. Ese criterio no es tan asombroso. Sabemos que en los Estados Unidos todo está mercantilizado y que algunos escritores afortunados corrigen por telégrafo las pruebas de sus libros y cobran medio dólar y más por cada palabra. Sinclair se refiere a críticos y novelistas como Menckel, Hergesheimer, Cadwell, Dreiser, Sherwood Anderson. (Conocemos mejor a Andersen, buen psicólogo en sus narraciones).

El autor de «*Jimmy Higgins*», una conmovedora novela que nos revela cómo experimentaron los americanos los horrores de la primera guerra mundial, no vaciló en publicar también los sonetos de George Sterling, a los cuales considera como los más hermosos en este género. Los sonetos son dedicados a su esposa que, antes de casarse con Sinclair, ha sido la inspiradora de Sterling. Y, para los moralistas puritanos, bastante numerosos en su país y en Europa, Sinclair añade que Sterling es su mejor amigo.

En cuanto a su novela «*Oil*», la primera edición salió con algunas páginas en blanco. La censura disfrazada de los trusts, en este país de todas las libertades y posibilidades, no le permitió divulgar los estupendos pormenores acerca de las especulaciones con los terrenos petrolíferos y de los medios empleados para provocar la quiebra de las sociedades competidoras. En las páginas censuradas, el autor hizo imprimir sólo, una hoja de parra! Pero el texto de las mismas páginas salió por separado, en volantes que Sinclair vendía por las calles de Boston. Así, los aficionados pudieron completar el libro censurado. Más tarde, la edición completa de «*Oil*» se publicó en Londres.

Otra novela suya: «*Boston*», consagrada a los mártires Sacco y Vanzetti, se publicó primeramente en el folletín de un diario. Pero los linotipistas y maquinistas de la editorial «*The Bookman*» cruzaron los brazos para impedir la aparición de esta obra que arranca la máscara a la cruel e inhumana «Justicia» americana. Detrás de estos huelguistas *sui generis* se hallaban los potentados de las finanzas y de la gran industria, descritos tal como son, ellos y sus servidores, los jueces que dictaron el fallo odioso.

Cuando publicó su sexagésimo libro, Upton Sinclair cumplió sesenta años. Y hoy día, cuando nos envió su *A personal Jesus*, permanece el mismo observador implacable de la sociedad contemporánea, expresando a través de sus novelas y panfletos su fe en un mundo mejor, de verdadera justicia y libertad. Como coronación de sus empeños, escribió esa vasta crónica de la segunda guerra mundial, constituida por diez tomos compactos, de seis a ochocientas páginas cada uno. Empieza con «*El fin del Mundo*», cuando la guerra se desencadena en Europa con el fracaso de la Revolución española; «*Entre dos Mundos*» es una evocación de la época anterior, desde el armisticio de 1919 hasta la crisis econó-

mico-política de 1929; sigue «Los dientes del Dragón», una especie de psicoanálisis del nazismo, acerca del cual dijo Thomas Mann que ninguna palabra es exagerada y que constituye una severa advertencia para el futuro; en el cuarto tomo, el autor relata el éxodo de refugiados de los países europeos, que creían que la orilla de la salvación estaba del otro lado del océano, en el continente americano, sobre todo en los Estados Unidos; «El Agente Presidencial», es la asombrosa aventura de Lanny Budd, el enviado de Roosevelt que descubre, de este modo, los secretos de los dictadores y de la política europea; la acción de «Dragón Harvest» se desarrolla en las capitales europeas devastadas por la guerra, hasta el derrumbe de Francia (1940); en los demás tomos sigue el fresco de los horrores de la guerra, hasta la victoria de las Naciones Unidas, pero no falta su revés, en los turbios años de otra guerra, llamada «fria», sin la paz tan anhelada por anhelada por todos los pueblos y a la que Sinclair invoca patéticamente, a través de su vocero, el buen pastor. «O Shepherd, speak!... En 1953, cuando creímos que la imponente serie ha concluido, el autor nos sorprende con el undécimo tomo: «El retorno de Lanny Budd», el prototipo personaje de nuestra época de trastornos bélicos y revolucionarios. G. B. Shaw dijo que, para conocer lo que aconteció durante su larga existencia, no necesitaba recurrir a las colecciones de diarios y «autoridades» en materia; basta con leer estas novelas de Upton Sinclair, llenas de las realidades trágicas y las aspiraciones idealistas de la humanidad. (1)

A pesar de la tremenda ignorancia del pueblo —pues la técnica y la «información» no constituyen la verdadera cultura—, a pesar de la tiranía política de los gobernantes y sus capitalistas, y de la tiranía «moral», más exactamente: religiosa y sexual, que ejercen las mujeres americanas, existen fuerzas puras que, bajo los bloques gigantescos de la mediocridad, cavan su camino hacia la luz y la libertad. Al lado de la gran industria literaria consagrada al divertimento vulgar, crece la flor delicada del arte, cuidada por los pocos fieles de las altas aspiraciones culturales europeas y universales. El entusiasmo de los americanos «encumbrados» para con el arte es, por ahora, primario y hasta grosero; su riqueza les facilita embellecer sus residencias y dotar los museos con obras maestras compradas con muchos dólares en la Europa hambrienta. El medio ambiente artístico, todavía no seleccionado de una manera rigurosa, suscitará finalmente ese sentimiento de lo bello y el criterio estético de los cuales gozan desde hace mucho el francés, el inglés, el alemán y el italiano ilustrados. Hoy —lo repetimos— todos los factores culturales están subordinados en América del Norte (mucho más que en el Viejo Mundo) a los factores económicos y técnicos. La uniformidad, el «standard» que despersonaliza las masas será en cierto modo frenado. Porque, tal como sucede con toda gigantomanía, el maquinismo excesivo lleva a la decadencia de los valores reales. Se precisan contrapesos para el equilibrio de la vida social. El materialismo estrictamente utilitario de la civilización americana —que alteró el puritanismo necesario, quizá, en la primera época de migraciones y de colonización— será finalmente penetrado por fuerzas espirituales renovadoras.

Algunos testimonios nos incitan a creer en esa renovación. «¡Creemos en América un alma que armonice con el cuerpo de América!», exhorta Waldo Frank, uno de los escritores más representativos de las nuevas generaciones. El volvió a descubrir América («Redescubrimiento

de América» es el título de uno de sus mejores libros), después de haber vivido algún tiempo en Europa, pensando, como otros desengañados, que «el porvenir de América reside en acero, en más acero, en mucho oro, en más oro; el porvenir de América es el triunfo de un rebaño ignorante y cobarde».

Pero de regreso a América, después de estudiar a los sabios de la Grecia antigua, de Israel e India, y después de haber vivido en la atmósfera del arte parisiense, Waldo Frank se sintió preparado para ver América. Descubrió la otra América, oculta en profundidades:

«Partí hacia el Oeste. Bajo la jactancia alborotada de Chicago, he percibido un alma de niño. En esta ciudad, a la que el poeta Sandburg llamó «la fiambrería del mundo», germinaba bajo el carbón y el lodo, como las hierbas debajo de las podredumbres del invierno, un universo insospechado. Viví en medio de los granjeros, hablé y escribí para ellos, y experimenté esa comunión de los corazones, que no pudo hallar en el París plebético de intelectuales. «La semilla de la espiritualidad» está esperando que brote en los toscos cultivadores, en las mujeres agobiadas de trabajo y que sueñan, sin embargo, para sus hijos una buena educación y mucha enseñanza... «He vivido entre los mineros, escribe Waldo Frank. Los he visto hambrientos de luz, sensibles ante la trágica hermosura del mundo... Cuando recorrí una larga galería húmeda, guiado por un hombre que trabajaba allí desde la edad de doce años y que nunca ha visto el rostro de su padre a la luz del día, me di cuenta de lo que gané entonces, renunciando a las amabilidades parisenses».

Frank estuvo también en el Sur, tan rico en plantaciones, en los Estados de los negros. Ha visto allí a un pueblo cargado de la maldición del pasado, pero hambriento de luz, él también, anhelando hablar de otra manera que los esclavos. Visitó, en Alabama y Mississippi, los templos y las escuelas de los negros; y se quedó convencido de que los tesoros del espíritu y del ensueño palpan asimismo en aquellas lejanías. Encontró en los bosques de Sud-Oeste a los Pielas Rojas: su religión y sus danzas rituales son hermosas y altruistas; su dignidad, su manera de cumplir con su vida y aun su cultura representan elementos que podrían ennoblecer la cultura americana moderna. «En Dakota meridional he vivido algún tiempo en la casa de un banquero noruego que se proponía actuar en la política sin otro programa que el Sermón de la Montaña! No terminaría siguiendo con los ejemplos. En todas partes he descubierto energía espiritual, aspiraciones religiosas. La misma América, en todas partes —mi América: tierra sin palabras artísticas, pero cuya voz es bastante fuerte y clara para hacerme recordar París».

Del verdadero París. Dicese que Europa necesita el oro americano. Algunos europeos comienzan a creer que Europa necesitaría pronto la espiritualidad americana. En 1921, el profesor Georg Fr. Nicola me dijo, antes de emigrar a Argentina, que la nueva Europa nos volvería por el camino de América. De América del Sur, como aclaró él, pues es allí que existe una nueva reserva para la energía creadora europea. No comprendía entonces la profecía del autor de «Biología de la Guerra». Hoy, refugiado, yo también, en las tierras sudamericanas desde dos lustros, empiezo a creer que el profesor tiene razón.

Sobre este distinto aspecto del continente, he escrito en otros trabajos. Y porque de Europa se trata, en relación con el porvenir americano, tengo que recordar aquí el grito que, desde Norteamérica —¡ya pasó un cuarto de siglo desde aquel entonces!— llegó hasta mi rincón del Viejo Mundo: «¡EUROPEOS, UNIOS!».

(1) El libro de Floyd Dell puede ser considerado como una de las mejores bio-bibliografías del «rebelde social», Upton Sinclair.

Esta incitación se oye frecuentemente en nuestros días. Pero en 1929, el año en que comenzó la depresión económica mundial, fué uno de los más lúcidos y valientes escritores americanos, Upton Sinclair, quien lanzó esta vital advertencia: la de que la milenaria matanza entre pueblos no cesará en Europa si no se establece un régimen de autonomía local, pero también de unión, tal como existe en los Estados Unidos de América. Allí viven juntos todas las razas y varias colectividades nacionales emigradas de Europa, y también los descendientes de los negros de Africa y las tribus indígenas de los Pieleros Rojos. Hay allí más griegos que en Atenas, más turcos que en Ancara, llevando su vida propia, hablando su idioma natal, gozando de las mismas libertades en lo que respecta al comercio, la instrucción y los servicios públicos. De este modo, más de 150 millones de americanos de todos los matices étnicos viven en un conjunto social-político y económico en «orden y prosperidad».

Según Upton Sinclair, los grandes obstáculos que se hallan en el camino de la unión europea radican en «los intereses capitalistas que se sirven de ese poder del Estado que nosotros llamamos militarismo y de ese sentimiento estatal que llamamos nacionalismo». La civilización europea está paralizada por el egoísmo aduanero, que constituye una gran fuente de ingresos para todos los gobiernos nacionales, grandes o pequeños. Estos diques económicos no existen entre los 48 Estados de América del Norte. Si Europa quiere competir de veras en la producción en masa de los Estados Unidos, tiene que suprimir antes que todo las fronteras económicas. El ejemplo de la producción de films de Hollywood es concluyente. (Sinclair se refiere a los «films» como si tratara de una mercadería, sin aludir su valor estético y humano). Allí se trabaja para 150 millones de individuos, y no tan sólo para algunos millones como en los «studios» de Europa. El cine americano ha conquistado el mundo, sobrellevando todas las dificultades, todo lo que es específicamente local, anquilosado por el orgullo nacional. La producción en masa, pese a las crisis periódicas, ha fortalecido el sentimiento de la unidad y del destino común. Es cierto que, en Norteamérica, las fronteras económicas y políticas han sido suprimidas antes del desarrollo del capitalismo. En Europa, la supresión de esas fronteras será más difícil mientras persistan tantas soberanías nacionales.

Y Upton Sinclair concluye con estas palabras: «Es de suponer que Europa tiene que llegar al socialismo antes de unirse». Como socialista, ha repetido esta idea durante decenios. «Soy bastante independiente —dice— para alegrarme por la unión de Europa, aun si estuviera equivocado en mi profecía social... Pero lo que es cierto, es que los amos de Europa tendrán que subordinar sus ambiciones individuales a la gran necesidad de una federa-

ción de libre circulación y de cambio libre. Si no, la guerra va a estallar»...

Lo que, desgraciadamente, se verificó diez años después de esta advertencia del buen sentido. Y el autor de «Jimmy Higgins», de «Petróleo», de «Mataderos de Chicago» y tantas otras novelas sociales, realistas, pero proyectadas hacia el futuro, añade que si ellos, los amos de Europa, desencadenasen una nueva guerra, ésta sería seguida por grandes convulsiones revolucionarias. «¡Qué elijan!».

Esta predicción de Upton Sinclair no era la de un solitario. La repitió, insistentemente, en cualquier oportunidad. Muchos pensaban como él. En su carta del 30 de diciembre de 1929, contestando a mi encuesta acerca de los «Caminos de la Paz», expresó que la Internacional Pacifista que le parece la más adecuada para el efecto deseado, sería una unión mundial de los trabajadores. «Lo que me determina a pensar de este modo, es el hecho de que las causas de la guerra moderna son de orden económico, esto es: la lucha por materias primas y mercados, de los cuales dependen las industrias capitalistas de cada nación». En aquel año, él esperaba todavía que sería posible apartar el capitalismo de una manera pacífica. Pero si esta esperanza ha sido vana, la transformación del orden social será entonces obra de una «Internacional de las organizaciones socialistas del mundo entero». Un cuarto de siglo transcurrió desde esta profecía de fe de un americano que piensa, sin embargo, como un «ciudadano del mundo». Y los europeos pueden verificar —¿por cuánta vez?— una profecía que tiene el mérito de no ignorar la primera condición del progreso humano: la ley universal de la Unidad.

Concluimos: el Espíritu se mantiene, invulnerable, por encima de los estrépitosos «triumfos» de la Máquina. Signos hay, de que América está en vísperas de grandes transformaciones. No tan sólo económicas, técnicas, sociales. Sino también intelectuales, éticas, artísticas. Bajo su escudo de acero dorado, el americano siente palpitando una nueva alma. Desde la adolescencia atrevida y voraz, él pasa ahora a una madurez dolorosa pero salvadora. Europa, pese a todos sus errores, a todos sus desastres bélicos y todas sus revoluciones, sigue siendo la fuente de la cultura moderna. A su vez, América descubre Europa. Primero, como un vasto campo de operaciones financieras e industriales. Pero, paulatinamente, ella aprende por su madre empobrecida, tan puesta a pruebas durante siglos, los secretos ancestrales del arte, de la literatura y la filosofía —el lenguaje de la serena sabiduría y de la creación imperecedera.

EUGEN RELGIS

LA VIDA Y LOS LIBROS

« EL NUEVO ISRAEL »

por A. Souchy. (1)

Si la sociología debe escudriñar hasta llegar a las entrañas de los problemas humanos y sociales; si los socialistas, los colectivistas, los sindicalistas, los comunistas —bolcheviques aparte—, los anarquistas, quieren completar sus conocimientos; si aprecian lo mucho que en las concepciones y las ideas debe intervenir la caracteriología y el factor hombre; si quieren enterarse de la vulnerabilidad por la que fallan muchos ensayos de sociedad —aunque hayan leído, vivido y experimentado ensayos propios, tales como los que se practicaron hace 20 años en España—, el libro de Souchy, «El Nuevo Israel», les ha de ser indispensable.

Agustín Souchy ha conseguido decir en 150 páginas de texto lo mucho que vale la voluntad y el convencimiento, y cuán precioso es el apoyo mutuo que Kropotkin nos legara.

Es también un homenaje al pueblo laborioso y mártir de Judea. Un pueblo diminuto, blanco de los tiros envenenados de las religiones, hace jaque al universo y desde hace 2.000 años. Veinte siglos hace que va errante y, hoy, vuelto a su país de origen, aun da ejemplos magníficos de su intrepidez y sagacidad, poniendo a prueba su capacidad constructiva, sus dotes de asimilación, su poder realizador y su moral social.

Si se admite que el «Viejo Testamento» de la Biblia es un libro de historia judía más que divina que ha popularizado a su pueblo, «El Nuevo Israel» viene a completarlo y a universalizarlo todavía más. Y Souchy lo ha sabido hacer tan bien que la lectura de su libro es aconsejable a todos: a pequeños como a grandes; a incultos y a sabios; a individualistas y a colectivistas; a historiadores y a simples curiosos. No pierde de vista ni sus lazos con el pasado ni las perspectivas que el presente ofrece para el futuro. Conlleva aventuras cual si se tratara de una historia de piratas y apunta soluciones de tipo moral, pública y privada, resultado consecuente de una economía racionalista y pura.

Es, por todas estas consideraciones, un libro de alta política, colocándola como dique eficaz y único a las influencias de todos los fanatismos de política baja representados hoy por el bolchevismo, el fascismo y la intolerancia de las religiones.

Al origen de este renacer de un pueblo se encuentra el Sionismo fundado por Max Nordau y Teodoro Herzl. Este, en 1896, hizo una proclama y, un año más tarde, los sionistas se congregaban en Suiza, donde pusieron en pie todo un plan de vuelta a las tierras de Abrahán.

La injusticia milenaria cometida contra los judíos ha permitido que éstos, a pesar de sus ideas, crearan el Sionismo, movimiento hacia el que convergen los sociólogos más avanzados y los rabinos más fanáticos del judaísmo —prescrito como tienen en sus libros sagrados, que el pueblo de Israel volvería a sus tierras.

Así como se cuentan «kibutz» (colectividades) practicando unas el mutualismo, preconizado por Herzka; otras, las menos, de alma estrictamente bíblica, y otras en donde se practica el colectivismo más integral, basado en la fórmula de Saint Simón, según la cual, «cada uno dará con relación a sus fuerzas y percibirá según sus necesidades».

Realista como todos los judíos, la virtud de este libro consiste en que hace historia y nos descubre un pueblo para el que las teorías no tienen importancia más que cuando se ponen en práctica. Por ese motivo escuchan todas. Han escuchado y apreciado a Herzka, Oppenheimer y Landauer, intérpretes más o menos fieles de las ideas proudhonianas.

Si Nordau se considera padre del Sionismo, Landauer lo es de las realizaciones sociales de Israel. Sus libros se encuentran en las bibliotecas de la mayoría de comunidades agrícolas y él fué quien más influyó en la formación social de A. D. Gordón, fundador en 1919, del primer «kibutz».

Por muchos aspectos, Israel es la continuidad fiel de la Revolución Española de hace veinte años, y además de este detalle —que no es poco ni pequeño para los españoles—, «El Nuevo Israel» tiene otro que guarda relación con la propia historia de España dado el papel que juegan los sefarditas, descendientes de los judíos que hace 400 años fueron arrojados de la península por el fanatismo de la moral católica.

Estudia también el problema de la libertad individual y la vida en común, el parentesco que según Souchy existe entre la C.N.T. y la Histadut, los diversos conceptos que hay sobre el derecho de propiedad y herencia, las dificultades que provoca el racismo y el nacionalismo árabe, el peligro que supone el estado de guerra en que vive permanentemente —tritador de toda moral de sociabilidad—, etc., etc... todo está analizado en este librito del cual reproducimos las siguientes líneas como broche de comentario: «Nuestro pueblo no tuvo siempre un aspecto tan bonito como lo tiene ahora. El terreno de Nahalal era pantanoso y los primeros llegados sufrieron paludismo. No teníamos capital para empezar nuestro trabajo. Los hombres teníamos que alejarnos del pueblo, durante la semana, para trabajar como asalariados, dejando a nuestras esposas solas. La pesada faena del trabajo estaba a cargo de las mujeres. Se pasaron

años penosos antes de que cosecháramos los frutos que hoy contemplas. El pueblo se transformó lentamente, y a la postre tuvimos satisfacción de ver nuestros hogares y sus alrededores tan risueños y florecientes que son el orgullo de todos los compañeros.

En fin, todo un poema. ¡¡Pueblo inteligente y tenaz!!

« PSICOLOGIA HUMANA »

por Sousa Ferraz. (2)

En los medios proletarios y en todos los medios de resistencia a las nocividades del Estado se desdeña demasiado el gran arma de dominio que es la psicología humana.

Entre los libertarios, principalmente y generalmente hablando, no solamente se ha desdeñado sino que su esencia su influencia y su poder son desconocidos. Se han fiado más de las conclusiones directas del espíritu de justicia, del instinto y del fin perseguido, ansiosos de su consecución, que del encadenamiento en el que está enredado el hombre y del cual es prisionero, cuyo principal grillete lo constituye la psicosis dominante.

Por vía de consecuencia, el desinterés señalado nos ha costado caro. No se ha sabido ver que en sociología no siempre el camino recto es la línea más corta para alcanzar el objetivo; que hay caminos incluso opuestos para llegar al mismo fin. Se ha olvidado que, como en las matemáticas, una serie de falsas posiciones puede conducir al hombre hasta encontrar una verdad y un resultado positivos. En ciencias políticas o sociales como en aritmética. O mejor que en aritmética, dado el complejo de factores que en aquellas interviene.

«Psicología humana» es un libro destinado a los científicos y también a los que, sin ser hombres de ciencia, quieren conocer la ciencia de los hombres. Pues que no otra cosa es la psicología.

PSICOLOGIA Y FISILOGIA. — Magníficamente descrito, explica la diferencia que existe entre la psicología — funciones de relación y formas de actividad que resultan de la integración del individuo — y la fisiología — funciones del organismo que resultan de la integración del cuerpo.

Es decir, la psicología, siendo la ciencia del comportamiento, es una rama del saber que debe ocupar primerísimo lugar en el estudio de los libertarios.

Ha habido cierta aversión al estudio de la psicología porque se comprendía que era una palabra nueva con la que se escondía el concepto alma y, como esta palabra ha sido manoseada por el catolicismo y los deístas, y éstos han sido siempre los enemigos del progreso, toda noción de alma era rechazada y confundida con los productos de origen religioso, formación y fabricación religiosas. Por lo menos se dejaba estrictamente reservada a los especializados. Hoy no, hoy la psicología es una ciencia que interesa al pueblo porque ella es la base de la sociología, del más elemental conocimiento humano, de la más alta filosofía y de cualquiera de las interpretaciones y juicios que hayan de hacerse sobre el comportamiento individual sea o no efecto del corazón, de la cabeza, del subconsciente o de los tres reunidos.

El alma, según la explican los católicos, es dogma porque la representan como una dualidad separada y distinta de la materia. Seria causa, no efecto. Sin embargo, lo que nos prueban los hombres de ciencia es que el

alma es consecuencia. Se dice más, hay escuelas que niegan toda noción, que declaran ser invento la idea de alma.

Esta idea última no dista mucho de los que reducen a noción de alma a la siguiente: «El alma, según antiguos filósofos que se preocuparon de su estudio, es espíritu que está dotado de dos formas de actividad: la racional (intelecto), y la de los sentidos (sensibilidad).

Platón, por otro lado, le atribuía tres funciones diferentes: superiores, directoras e inferiores. Estas últimas comprenden deseos, apetitos e inclinaciones.

Según Aristóteles, el alma es función del espíritu que sólo puede existir en su propio cuerpo. No obstante admite que no es material y que puede sobrevivir al cuerpo.

William James era un negador de la psicología, si no como «estados de conciencia» si como ciencia propiamente dicha: «Esperamos aún un rayo de luz que debe penetrar en la oscuridad de las realidades psicológicas fundamentales». Al definirla concluye: «la psicología es una serie de hechos groseramente observados, algunas discusiones y charlatanes de teorías».

James, naturalmente, es injusto. Negar la psicología es tanto como querer afirmar que no existe poder de persuasión, de convencimiento y de educación transmisible.

Si observamos los acontecimientos políticos registrados desde el 1.900 nos daremos cuenta del papel que ha jugado la psicología, en uso y en abuso, para considerar absurda la idea de negarla.

Una guerra psicológica ha precedido siempre a cada hecatombe: eso fué aprovechado por Mussolini, lo fué por Hitler, y lo ha sido por otros aprendices del mismo oficio.

El libro de Sousa Ferraz es una especie de geografía de las sensaciones, hasta el punto que, sobre el particular, no hay que tomar por oro de ley todo lo que dice. La inteligencia más despierta se expondrá siempre a errores cada vez que intente atribuir a una cosa tan suil y aleatoria como la psicología partituras precisas cual si fuera un montage de figuras geométricas.

Mas, ello no le quita valor, antes al contrario, la serie de estudios y ejemplos que ofrece sobre los reflejos; reflejos coordinados, psíquicos, asociados y condicionados, sobre todo los reflejos condicionados, los famosos reflejos condicionados de Pawlow, que intervienen y mediatizan la forma, la estructura, la configuración, el fondo —el todo, en fin—, de la existencia, son analizados buscando escrupulosamente causas, presentación y consecuencias, que le da un mérito sin par al libro.

A donde no llegue Maquiavelo para dominar multitudes puede llegar la psicología al servicio de gentes maquiavélicas sobre todo si estas multitudes ignoran las propiedades de dicha ciencia y las barbaridades que pueden cometerse en su nombre.

Souza Ferraz ayuda con su libro a que cada uno se conozca a sí mismo primer paso para conocer a los demás, base sin la cual no es posible la sociabilidad y por tanto imposible el voluntarismo colectivo, eficiente y constructivo que necesita la humanidad y necesitamos todos.

M. CELMA

(1) «El Nuevo Israel», por Editorial Reconstruir. Precio 600 fr.

(2) «Psicología Humana», Americalee, precio 1.000 fr. Pedidos Servicio Librería.

LAS
CIVILIZACIONES
AMERICANAS

AYMARAS, INCAS, MAYAS Y AZTECAS

I. — TOYNBEE FRENTE A LAS CULTURAS

CADA vez que tratamos de Historia tenemos que acudir irremisiblemente a Arnold J. Toynbee por su erudición en primer lugar y, también, por los nuevos derroteros que a la misma ha sabido trazar, mucho más racionales y en concordancia más afín con una interpretación más moderna y democrática de la biografía de la humanidad. Su Estudio de la Historia, traducido en todos los idiomas sienta cátedra para los propios historiadores y a él hemos de remitirnos si queremos dar sello de actualidad a todo tema que presente atisbos históricos.

Sin embargo, Toynbee, que siempre nos ha dado satisfacción frente a la Historia del Viejo Mundo, pues en él es donde más lujo de erudición despliega, no acierta de pleno cuando del Nuevo Mundo se trata. Hay hasta superficialidad en los temas precolombianos. Toynbee no ha sabido, por ejemplo, darle el realce que se merece, al Aymará de quien proviene sin ninguna clase de dudas el Incario, reivindicado por el propio Toynbee como una de las seis civilizaciones que en el mundo surgieran sin contacto alguno entre sí.

El ha sabido situar en perfecto lugar el origen de la civilización occidental al hacerlo en la isla de Creta y no en la propia Atenas de donde irradiana con todo esplendor siglos después. La justicia que le rinde a Creta está implícita en el nombre en que designa la civilización por tanto tiempo conocida como helénica. Toynbee reivindica el nombre de minoica (por haber sido Minos el rey más descolante del período insular) y bien que cede a Atenas todos los honores acordados por el resto de los historiadores, aporta a la cultura moderna el conocimiento necesario para que a partir

de este momento se tenga presente la paternidad, es decir, el verdadero origen de una civilización de la cual bien que con graves desviaciones, dependemos aún.

Pasa luego a América donde le falta el precioso apoyo de una obra que le permita, como la obra de Burckhardt le permitió en el mundo helénico, ahondar la civilización del altiplano andino. Se remite a los clásicos historiadores de la Colonia, capitaneados por Garcilaso de la Vega y, como ellos, relega al olvido completo al Aymará del Kollaysuyo, verdadero punto de partida de una civilización que asombrara a los historiadores, arqueólogos y sociólogos de todas las épocas.

En otras ocasiones hemos tenido oportunidad de sealar que el Incario no tiene más realce que su sistema administrativo, único realce que, en tanto que socialistas libertarios, podemos acordarle. Su dictadura estatal, anticipo de diez siglos al comunismo soviético, no satisface al que conoce las cimas de cultura que alcanzaran los diferentes núcleos andinos descarriados a lo largo y a lo ancho de la Cordillera: Tiahuanaco, Chimú, Nazca, Mochica, Chavín...

II. — El Kollaysuyo, origen del Incario

El Inca fué un yugulador de culturas que sometió a su sabia administración a diez millones de sujetos a quienes adulaba si bajaban la cerviz o desterraba si se mostraban rebeldes.

Llegó a convertirlos en autómatas como pretende cualquier estado dictatorial moderno y motivó el asombroso hecho de que un Pizarro, con 183 hombres solamente, se hiciera dueño de un imperio que abarcaba más de 30 grados geográficos de extensión.

grande y pequeño, basado con mucha frecuencia en la decepción y la adulteración y que a causa de la concurrencia llevaba a una lucha estéril, a un derroche absurdo — Fourier desearía, pues, un sistema económico propio y práctico, sin engranajes inútiles y con un mínimo de falsos gastos, lo que le llevó a profundizar el valor de la atracción, de la elección libre y sincera, de la libertad que es más productiva que el trabajo forzado. Robert Owen, como se sabe, después de doce años de experiencia en New Lanark (Escocia) como patrón de una gran fábrica, observó la influencia degradante o saludable de un ambiente y un tratamiento rutinario o benévolo en la casi totalidad de los obreros que empleaba; concluyó que el hombre era el producto de su ambiente y que se mejoraría con ese ambiente; entregó luego su larga vida, hasta 1858, a la provocación de tales cambios que producirían una humanidad sana y feliz.

En las ideas de Fourier y de Owen hay una extraña mezcla de ideas libertarias y autoritarias y se preocuparon poco de la clasificación que se les daría. Sin embargo, lo que en ellos mismos fué un producto natural, no fué más que una imitación o creencia ciega en sus adherentes que les seguían a la letra y se convertían por eso en estrechos sectarios. Los errores que se constatan en un sistema se explican muy a menudo por el carácter rígido que la tradición, el dogmatismo estrecho han dado a ese sistema. Por consiguiente, se consideran las ideas generales de esos dos hombres como un principio vivo y modificable según las condiciones de su aplicación y si se les libra de todo lo que la fuerte personalidad de esos hombres ha impreso necesariamente de individual y de pasajero en sus sistemas, sólo entonces se reconocerá en qué grado has aspirado a la libertad que es lo único que es un factor activo, creador, mientras que la autoridad, aun para los que creen en ella, no es más que un «pis-aller», una necesidad, un medio, estéril y estacionario, nunca progresivo.

Algunos fourieristas — había entre ellos muchos médicos, naturalistas, ingenieros también que eran observadores y estaban familiarizados con la evolución — han profundizado esas ideas de atracción y de armonía, del grupo libremente constituido y variable, basado en la elección libre de las ocupaciones, su diversidad, la proporción esencial para una cooperación práctica; están allí todos los elementos que servirán de base a los grupos anarquistas del porvenir y del estudio, la preparación de esos grupos que se dejan con mucha frecuencia a la llamada espontaneidad que algunas veces no es más que el azar puro — ese trabajo ocupó en el más alto grado a Fourier y a sus adeptos serios.

El trabajo atractivo y asociado, la cooperación de elementos armoniosos — ¿cómo llegar a eso sin coacción, sin autoridad y al mismo tiempo de una manera competente sin fiarse al azar? Fourier se rompió toda su vida la cabeza en el estudio de ese problema que implica el estudio de la naturaleza humana, de las disposiciones

sentimiento no es de ningún modo gobernado... La autoridad voluntariamente consentida es reconocida y se llega al estricto mínimo de estatismo y de autoridad que J. St. Mill y Herbert Spencer juzgaban siempre inevitable, nunca a la abolición franca de toda autoridad, aún a la que alguien acepte voluntariamente: porque esa misma autoridad consentida por unos no dejará de pesar pronto sobre los otros, que serán víctimas forzadas. El hombre que abdica su libertad, es un traidor a la libertad humana entera.

Si la energía robusta de Warren y la sutileza y la rigidez de sus camaradas se hubiesen aplicado a inspirar los movimientos sociales de su tiempo con ideas antiestatistas, mostrándoles los caminos de la uniformidad absurda en la diversidad vivificante, el movimiento obrero americano podría estar penetrado hoy por un espíritu muy distinto. Entonces era tiempo aún, una gran parte del inmenso medio-continente fué abierta a los recién venidos, capaz de ser desarrollada sobre bases sociales libres; los pioneros de esos tiempos eran hombres tan antiestatistas como era posible serlo, que se creaban un nuevo país lejos de la tiranía tradicional. El aislamiento voluntario, aunque estuviere acompañado de propaganda, de esos anarquistas individualistas, fué, pues, una verdadera pérdida para el desenvolvimiento general.

Había entre ellos quienes discutían problemas tontos como éste: Un hombre compra un mono, que por tanto es su propiedad incontestable. Ese mono, por una evolución rápida excepcional, llega a ser hombre y como hombre tiene derecho inalienable a ser libre. Pero eso sería un perjuicio para su propietario, que ha pagado por él. El hombre en otro tiempo mono, pues, deberá pagar para rescatar su libertad. Pero lo que produce pertenece de derecho a aquel que lo compró como mono. ¿Cómo encontrará este hombre-mono los medios para rescata-se? — Este problema no es demasiado fantástico: no se tiene más que poner al negro emancipado sin dote por la proclama gubernamental del presidente Lincoln en lugar del mono, y ese fué el problema apremiante de los Estados esclavistas. El individualista a lo Warren, que se impone voluntariamente la cadena de la propiedad, está siempre apegado a esa cadena y nunca es realmente libre.

Esta escuela, pues, en lugar de florecer se ha reducido, porque el individualismo, aún anarquista, pero no social, puede regular la conducta recíproca de algunos hombres que vvan en condiciones iguales, pero de eso a convertirse en un factor de gran progreso de la humanidad entera hay mucho espacio.

“Cada uno, las exigencias de cada especie de trabajo, el mejor modo de cooperación. Todo eso no se producirá de acuerdo a las reglas y cálculos de Fourier, pero tampoco por sí mismo, por puro accidente. No se construirán todas las casas según un plan único y tampoco se construirá una casa sin plan: esto se aplica a los grupos cooperativistas y a todo organismo compuesto que se constituya. La experiencia y la técnica del presente y el estudio intenso y el buen sentido de Fourier y de los fourieristas aplicadas a este problema, nos darán un armazón de valor para la reconstrucción libertaria; lo mismo sucedería si se reexaminara mucho de lo que Robert Owen ha dicho sobre el carácter humano y sobre sus transformaciones a la luz de nuestros conocimientos presentes.”

Victor Considérant, en algunos escritos como “Necessité d'une dernière débâcle politique en France” (París, 1830), y “Desinée sociale”, 3 vol. (1837-38 y 44) ha elaborado maravillosamente la idea de la comuna, de la asociación y de la federación.

Un fourierista independiente, E. de Pompery, escribió también en un número-prueba, el único aparecido, de su periódico “L'Humanité” (París, 25 de octubre de 1845): “... ser libre, es poder desarrollarse conforme a su naturaleza, esencialmente social, después dar pleno curso a todas sus facultades activas. La libertad individual no encuentra, pues, su expresión y sus garantías más que en el seno de la libertad colectiva y por medio de la organización que la asegura a todos. Cada cual florece radiante y orgulloso al sol de la libertad y de la justicia sociales, que luce para todos los hijos de su ser y el primer resultado de la asociación integral es colocar a todos los individuos en condiciones semejantes de existencia. Pasa con la libertad como con la riqueza. Cuando la sociedad entera es rica no hay necesidad de las fortunas privadas...” (Esto es dicho en el sentido de una comparación hecha por Robert Owen que, hablando de la riqueza futura, que por sí misma quitaría el deseo de hacer acumulaciones por la misma razón que hoy no se acumulan botellas llenas de agua, puesto que se sabe que hay abundancia de agua. Así, en una sociedad libre no se afirmaría inútilmente la libertad personal que nadie pondrá en peligro).

Este mismo autor dice aún: “... El bienestar material (en la sociedad futura) existe para todos, la humanidad lo pone en común. Los tres cuadros de Fourier (trabajo, capital y talento), que recibirían cada cual una retribución) se han (entonces) gradualmente aproximado, para no formar más que uno, bajo la influencia creciente de una sociabilidad más elevada, del tono unitario, etc. El más y el menos en el seno de una tal abundancia, y cuando la vida se ha ennoblecido en tal forma, el más y el menos en ese orden de hechos se convierte en una insignificancia pueril...” “Tal dual y de un reparto equitativo de la riqueza. La riqueza debe ser el hecho de todos; porque el hombre no se hace hombre, no se

el individualismo en *The Cosmopolitan Review* de entonces, aunque de una manera más atenuada, me ha parecido, que antes.

Después de una extinción casi completa, al menos ante el público, esas ideas fueron expresadas de nuevo en Inglaterra por Lothrop Winington, nativo de Massachusetts, por Henry Segmour, que de marzo de 1885 a agosto de 1888 publicó *The Anarchist* (Londres), después por Albert Tarn y otros, una propaganda que fué en disminución otra vez. En 1880-90 había también algunos representantes en Melbourne (el periódico *Honesty*) y en New South Wales, Australia.

En Alemania John Henry Mackay, el poeta anarquista de *Sturm* (título de su primera colección, 1888), fascinado poco tiempo después por Max Stirner, B. R. Tucker y Proudhon, fué el más atraído a la manera de pensar y de razonar de los individualistas americanos. Se encuentra un conjunto de sus ideas a treinta años de distancia en *Die Anarchisten* (1891) y su *Der Freiheitssucher*, 1920, etc. Una década hace treinta años y más en Alemania y aún más restringida en los países escandinavos y en Holanda.

En Francia las diversas revistas y periódicos de E. Armand han hecho conocer las ideas de B. R. Tucker. Algunos individualistas franceses, sobre todo H. J. Follin, sostienen un individualismo en que, para expresarme sumariamente, el poco sentimiento social que parece descubrirse aún en los individualistas americanos, se desvanece completamente. De Follin existe una utopía, *La Revolutiion du 4 septembre 19...* (París, 1921) que da el sueño de una dictadura individualista!

Al contrario, numerosos individualistas italianos impresionados excesivamente por Stirner, Nietzsche y otros, representaban en realidad un matiz individualista del comunismo, anarquico y Tucker explicaría a maravilla su falta de consecuencia. Marcan la tendencia natural a tomar lo mejor de lo que ha producido el individualismo, rompiendo el círculo estrecho de las ideas de Tucker sobre todo.

Reconozco el mérito de la crítica al Estado, a la autoridad y por consiguiente también al comunismo autoritario hecha por Warren y su grupo desde 1837, pero me parece que se han retirado un poco demasiado pronto y aislado del ambiente de buenas intenciones sociales hacia las regiones frías de métodos de negocios estrictos y sin ellos; porque todo el mundo sabe que las buenas cuentas hacen los buenos amigos, pero la falta de sinceridad, de confianza mutua, que el reino del monopolio impuso a los hombres de la edad de la burguesía no ceden el paso por tan poco: son necesarios golpes rudos para abatir este sistema. Esos aislados llegaban a adaptarse; en el folleto de 1862 el autor, probablemente Warren mismo dice: “El gobierno, estrictamente y científicamente hablando, es una fuerza coercitiva; un hombre que es gobernado por su propio con-

desarrolla más que en el seno del lujo... Es preciso el lujo para todos, no la igualdad de la miseria que engendra forzosamente la degradación y el envilecimiento... Fourier ha enseñado los medios positivos para organizar el trabajo atractivo...» «En el porvenir, cuando la humanidad respandeca en su unidad, cuando la tierra integralmente cultivada se haya convertido en el dominio del hombre, la riqueza constituirá un hecho social, humano, universal: la propiedad individual se desvanecerá por sí misma...» «Para no dejar como elementos de jerarquía (del grupo de los hombres) más que las desigualdades de alma, las distinciones superiores que marcan al hombre con una impresión divina (las diferencias naturales)». Esto, que está datado el 29 de julio de 1845 y donde se encuentra también una crítica al fourierismo oficial moderado de entonces — que recuerda la hecha por el federalista italiano Giuseppe Ferrari, el amigo de Proudhon — no es muy distinta del comunismo anarquista del porvenir, tal como lo concebimos nosotros.

Las ideas de Robert Owen implicaban la aplicación lenta y pacífica de la educación a los hombres hasta la transformación de su carácter por el medio libre y su emancipación completa como la de los escolares y estudiantes llegados al fin de sus estudios. Bakunin mismo reconocía para el niño una educación comenzando por la más grande autoridad ejercida sobre el niño recién nacido por los que lo atienden y acabando por la cesación de toda autoridad sobre el adolescente que se transforma en adulto. Robert Owen, para obtener su objetivo, aplica los medios más amplios, de derecha a izquierda, como podría decirse, o sea, apela al Estado para medidas generales preparatorias (que faltaban entonces completamente) a fin de reducir el mal que causa la explotación capitalista. Se sabe que fué el padre de las ocho horas y el abogado incesante de toda medida de protección obrera. Apelo al congreso de los emperadores y reyes de la Santa Alianza, en 1818; es allí donde un literato cínico, vendido a la reacción, le dijo: «pero nosotros no deseamos en absoluto que las masas populares sean felices e independientes por la aplicación de las medidas que usted propone con ese fin: ¿Como podríamos, en ese caso, gobernarlas?» — Owen se preocupó también de poner en práctica sus ideas por un experimento práctico, en New Harmony (Estado de Indiana, América del Norte), en 1825, en un terreno ocupado hasta entonces por los socialistas cristianos, los raptistas. Sus amigos y él inauguraron el movimiento «cooperativo» inglés que continúa existiendo en proporciones enormes, aunque no inspirado ya en el espíritu de Robert Owen, — con su espíritu esos movimientos ricos y sólidos, desarrollados más o menos en todos los rincones del globo, por una federación verdaderamente solidaria, por la extensión de la cooperación productiva en alianza estrecha con los sindicatos obreros igualmente distribuidos absolutamente por todas partes, habrían podido tener en jaque al capitalismo desde hace mucho tiempo, crear el verdadero internacionalismo humanitario y económicamente solidario y cerrar esta mal-

de la reciprocidad estricta, y del voluntarismo absoluto. *Mutual Banking*, la universalización de las bolsas de cambio, por el coronel W. B. Greene, numerosos folletos por Lysander Spooner, Charles F. Towler, Muzra Heywood, Moses Harman, etc., muestran a esos hombres en su obra tranquila, que poco a poco halló su más grande foco en el Estado de Massachusetts, en Boston y en Princeton (*The World*, periódico de Heywood) y se reforzó con hombres y mujer que se especializaban en la cuestión de la libertad personal en materia de sexo, lo cual les atrajo las primeras persecuciones (contra Weywood, contra Moses Harman de *Lucifer* en el Estado de Kansas, etc.).

Pero esa propaganda fué reanimada sobre todo por B. R. Tucker que redactó *The Radical Review* (New Bedford, Massachusetts, 1877-78), reimprimió los principales libros y folletos al lado de novelas y a partir del 6 de agosto de 1881 hizo aparecer *Liberty* (Boston, más tarde en New York), publicada hasta fines de 1907 al menos, sino un poco más de tiempo. Ha reimpreso hace casi una treintena de años sus principales artículos y notas en ese período, *Instead of Book* (En lugar de un libro), New York, 512 páginas. Este autor explica la aplicación de esas ideas a todos los problemas de la vida política, social y personal. Adoptó claramente la palabra anarquista para describir su idea, pero hay que lamentar que rehuse el reconocimiento de ese nombre a todos los anarquistas que no eran individualistas como él y que tienen alguna fe en la solidaridad, en la ayuda mutua, en el comunismo libre, — que es felizmente el sentimiento de todos los demás anarquistas excluidos por Tucker y sus adeptos de la anarquía tal como ellos la conciben.

Estas notas deben bastar aquí para mostrar el origen de un grupo que ha producido en los Estados Unidos un número de hombres y de mujeres de la más alta independencia intelectual y moral, que combatían el Estado en todas sus manifestaciones con una lógica perfecta y que defendían la libertad personal, — pero que por la rigidez y el exclusivismo que se impusieron, tenían más bien el carácter de una aristocracia o de una orden monástica que el de un movimiento social.

Esas ideas fueron compartidas algunos años después de 1843 por un pequeño grupo en Londres, la London Confederation of Rational Reformers, fundada en agosto de 1853. He hallado rastros de ella esparcidos en diversos impresos (véase *Freedom*, Londres, nov. dic. 1905), y ejemplares de las *Cartas periódicas* de Warren, que Tucker me envió después, y el libro de Ballie han completado mi documentación. Resulta de eso que el alma de nuestro movimiento fué Cuddon, antiguo owerista que visitó también *Modern Times* en 1850-60 y que Tucker, al visitar Inglaterra en 1874, encontró vivo y octogenario ya. Este Cuddon era el presidente de la diputación obrera inglesa que en 1762 saludó a Bakunin en ocasión de su feliz llegada a Londres después de la fuga de Siberia. Defendía también

ditá era de las guerras. Hoy existen esos organismos gigantes, pero que parecen carcer de alma, de vida real, — hace un siglo existía el gran espíritu de Robert Owen y de sus camaradas, pero los organismos a su disposición no estaban sino en su infancia. ¿Cuándo serán animados esos vastos cuadros por un gran espíritu, por una verdadera voluntad? Tienen el mismo aspecto de grandes construcciones habitadas por una raza de enanos. Felizmente la última palabra no ha sido pronunciada todavía; el «*Guild socialism*» y otros esfuerzos semejantes demuestran que hay un poco de vida en ese cuerpo demasiado inanimado. Cuanto más de cerca examinamos no importa qué parte de los preparativos para la sociedad nueva, más vemos lo mucho que falta aún por hacer.

Los owenistas sostuvieron también un ensayo de mutualismo, el almacén para el cambio directo de productos abierto en Londres (1830-32) y que el periódico «*The Crisis*» permite seguir. En breve Owen, como Fourier, dieron un amplio impulso al *socialismo experimental*, sobre todo en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia: ésa es una rama de la preparación socialista que se ha descuidado y despreciado erróneamente. Porque todos carecemos de *verdad experimental socialista* que sólo puede dar el *experimento*. Únicamente los conocimientos y la experiencia pueden servir verdaderamente de defensa contra la dictadura; porque en la tienda, postiza, de los que se hacen dictadores pretendiendo saber hacer las cosas mejor que los demás. Aunque sea al principio, una dictadura de apariciones intelectuales, una dictadura de sabios y técnicos, resultará pronto la dictadura material y duradera.

La superioridad pasajera o pretendida de algunos hombres primitivos en la explicación de los hechos naturales, basada en la observación, etc., valió a la humanidad la dictadura espiritual de los sacerdotes, de los explotadores de la ignorancia y de la superstición humanas, dictadura que persiste aún. La superioridad de algunos en fuerza brutal y en astucia, que la colectividad no ha aplastado en sus comienzos, le ha valido la dictadura gubernamental que dura todavía; las ventajas económicas han destruido la solidaridad social y creado la dictadura económica ejercida por la propiedad en manos de sus usurpadores.

En todos esos casos que han producido la desdicha de la humanidad, el conocimiento y la experiencia verdaderamente difundidos hubieran obstaculizado el mal.

Es evidente que los hombres de que hablamos, Fourier, Owen y sus camaradas, comprendían en el fondo la incompetencia absoluta de los Estados, parlamentos, capacidades al servicio del sistema actual, para crear la vida nueva. Con todas sus debilidades y extravíos se ponían, pues, de parte del socialismo *creador* que es el socialismo *libertario*.

Cuando en 1850 Warren se fijó en New York y Stephen Pearl Andrews, que habían sido furteristas como tantos otros socialistas americanos del período anterior a 1848, época que había visto una gran variedad de comunidades y en la cual sin duda también las ideas libertarias fueron ensayadas en escala con frecuencia demasiado pequeña, demasiado pobre y expuesta a muchos azares, — cuando Andrews, pues, el autor de *Science of Society* (que proclama la soberanía del individuo), 1851, se hizo el segundo gran expositor de esas ideas, que amplió en otro terreno mediante su gran discusión con Henry James y Horacio Greeley sobre el amor, el matrimonio y el divorcio, etc., — se hizo el más grande ensayo de ese género para la fundación de lo que se designó por *Trilateral* (ciudad de ensayo), luego por *Modern Times* (tiempos modernos) a partir de 1852 durante un buen número de años, hasta la proximidad de la gran guerra civil más o menos. Sobre el fracaso final Baile observa:

«...Los pioneros de *Modern Times* no tenían inconveniente alguno en lo que se refería a la propiedad y a las formas de gobierno. Cada cual fue propietario de su casa y de su tierra y por un acuerdo mutuo se pasó sin la autoridad pública. Nadie se sentía responsable de la conducta de sus vecinos y sólo la conducta agresiva o invasiva era rechazada por una acción combinada. La causa principal del fracaso de la aldea fue la falta de ocasión para encontrar otro empleo que la agricultura. Habría sido necesario capital para fundar fábricas de artículos negociables fuera de la población. Los pioneros no tenían sino pocos recursos, y el dinero en bonos de cambio que les valía mucho entre ellos, no les servía en las transacciones con personas que no comprendían el principio y no aceptaban la práctica del comercio equitativo...»

Se tienen detalles descriptivos interesantes sobre el *Modern Times* por Moncreu Conway que visitó ese lugar hacia 1858 y que dió una descripción en 1865, reproducida también en parte en sus memorias (1904), el relato más vivo sobre ese ambiente.

La obra principal de Warren fue *Equitable Commerce*, 1846, seguida de *Detalles prácticos de comercio equitativo*, etc., reunido el todo con el título de *True Civilization* (la verdadera civilización), diversas ediciones, por ejemplo, Boston, 1853. Para conocerlo bien fue necesario volver a encontrar su periódico, *The Peaceful Revolutionist* (1833), el primer periódico anarquista que haya aparecido, y sus *cartas periódicas* (1854 a 1858). La opinión de Warren sobre los asuntos públicos de su tiempo, la gran crisis que terminó en la guerra civil, se encuentra con toda probabilidad expresada en un folleto titulado solo *A Counselor* (Un consejero): *Modern Government and its true mission* (El gobierno moderno y su verdadera misión), marzo de 1862, de 16 págs. que puede serle atribuido sin vacilación.

Después del libro de Stephen Pearl Andrews (1851), un número restringido, pero incansante de publicaciones que elaboraban la soberanía del individuo, el cambio equitativo, en una palabra, la determinación más pura de la esfera de acción individual sobre la base

cos (individualidad, experiencia cotidiana e instinto de conservación), pero les hacía falta algún principio regulador de justicia». — «... La primera idea prominente, dice aún, es la de evitar todos los intereses combinados, organizados o unidos, sea intereses de propiedad, de responsabilidades o de reputaciones — lo que es absolutamente opuesto a lo que caracteriza ordinariamente los llamados movimientos de reforma. El resto consiste principalmente en el principio de los equivalentes en el comercio y en la moneda equitativa...» (Se encuentran naturalmente amplias exposiciones de estas ideas en los escritos de Warren y de su escuela).

El biógrafo de Warren, W. Bailie *Josiah Warren, el primer anarquista americano*, Boston, 1906, XXXVIII-135 páginas en 16.º, habla así de este cambio de las ideas de Warren: creyó que las causas principales de las esperanzas decaídas en New Harmony fueron «la supresión de la individualidad, la falta de iniciativa y de responsabilidad. Lo que era interés de todos no fué asunto de ninguno. Todas las cuestiones de la comunidad fueron decididas por Owen, como propietario o por la voluntad de la mayoría; la libertad personal fué despreciada, el impulso de los esfuerzos individuales continuos faltó y cada cual se vió inclinado a atribuir los defectos del sistema a los defectos del vecino. Esos defectos, tal fué la conclusión de Warren, eran inseparables de todo sistema fundado en la autoridad y en la comunidad de bienes. En las condiciones más favorables debían terminar a fin de cuentas en un fracaso.»

Se persuadió, pues, que la libertad completa debía ser la base de toda reforma futura. El hombre busca la libertad como la aguja imantada busca el polo o como el agua su nivel igual, y la sociedad no puede estar en paz sin que cada uno de sus miembros sea realmente libre...». «Lo primero es la individualidad. La soberanía de cada individuo debe ser tenida por inviolable en todo tiempo. Cada cual debe ser libre de disponer de su persona, de su tiempo, de su propiedad y de su reputación como le plazca. Pero siempre a sus propias expensas, claro está...»

Cuando Warren, que al principio hizo sólo la experiencia de su sistema permitiendo su esfuerzo, expresado en horas o minutos cooperó con otros sobre esa base como en 1847 en la aldea de Utopía al borde del Ohio — todas las realizaciones ensayadas de su idea «fueron hechas», — dice Bailie —, con personas que no disponían más que de su trabajo y su fin era la demostración de que esos hombres que tenían libre acceso a los recursos naturales (pero este acceso libre es precisamente lo que falta hoy en todas partes y aún en América), podían, al cambiar su trabajo en condición equitativa mediante las *labor notes* (bonos de trabajo) construir sus propias casas, satisfacer sus necesidades esenciales y obtener el confort y la prosperidad sin depender para vivir de capitalistas o de una autoridad exterior cualquiera...»

III

Fué en Inglaterra donde se escribió el primer gran libro anarquista. William Godwin (1756-1836) escribió «An Enquiry concerning Political Justice...» (Investigación sobre la justicia política y su influencia en la virtud y en la dicha generales), Londres, febrero de 1793, dos vol. en 4.º de XIII, 21 y 895 páginas, obra que costaba tres guineas, lo cual la salvó de la supresión que le hubiera alcanzado de haber sido puesta en manos de las grandes masas, como lo fueron en esos tiempos agitados los panfletos de Thomas Paine y tantos otros escritores antirreligiosos y radicales. Una segunda edición corregida, es decir, atenuada, 1009 páginas en 8.º, data de 1795 (prefacio del 29 de octubre de 1795), una tercera de 1776. Hubo falsificaciones en Philadelphia, 1796, y en Dublin, en fin, una reimpresión en 12.º en 1842; cincuenta años más tarde aún se reimprimió la parte sobre la propiedad (Londres, 1890; traducción alemana en 1904). Todavía ahora circulan extractos en pequeño folio inglés. Toda la vida de Godwin fué estudiada de acuerdo a los documentos inéditos en 1876; desde entonces sus ideas sociales han sido examinadas varias veces. Sin embargo, fuera de un medio social restringido, su gran libro ha sido raramente consultado en su texto completo, que no existe más que en la primera edición.

Esta primera edición no es del todo rara, porque el libro tuvo una gran boga y fué cuidadosamente conservado, jamás considerado trasnuchado, aunque pocos de sus lectores han seguido verdaderamente todo el pensamiento del autor. Godwin estaba unido a Mary Wollstonecraft, la autora de la «Reivindicación de los derechos de la mujer», 1792, y Percy Bysshe Shelley se unió más tarde a su hija. Shelley, el joven poeta rebelde, ateo y socialista, presenta también rasgos de sentimiento anarquista, que debía a la lectura de la «Justicia política» que todo hombre avanzado leía entonces. Así sus líneas: «El poder mancha todo lo que toca; las almas virtuosas ni mandan ni obedecen», — recuerdan tanto a Diderot como a Godwin.

Por lo demás Byron ha escrito también: «Quisiera ver a la humanidad libre, tan libre de las multitudes como de los reyes y de vosotros y de mí»; sin embargo Byron, el admirador de Napoleón, no es mencionado aquí como libertario. Hasta el poeta tan moderado, si no reaccionario, Southey, en su juventud, en tiempos de la revolución francesa, y del libro de Godwin soñaba en la fundación con sus amigos de un ambiente comunista libre, que volviera al estado natural, ideas que llamaba *pantisocracia*.

Todo el mundo era inspirado por el libro de Godwin que, junto a los filósofos y literatos, varias generaciones de obreros inteligentes, radicales y ateos, leían todavía cincuenta o sesenta años más tarde. No se creó ningún movimiento, pero esa lectura, la tradición misma de ese libro, ha hecho ciertamente mucho para impe-

dir al socialismo estatista crearse entonces una posición en Inglaterra. Solo a partir de la mitad del siglo XIX, la influencia, por completo opuesta, estatal, nacionalista, religiosa, de las ideas francesas de Mazzini ha confundido los cerebros de una nueva generación y destrondó el camino hacia el estatismo también en Inglaterra.

Godwin envió su primera edición a la Convención nacional; al ejemplar cayó en manos de Georg Forster, refugiado alemán entonces en París, que lo leyó con el más grande interés. George Forster, un sabio naturalista y economista, que había tomado parte en la famosa circunnavegación del globo por el capitán Cook, muerto en las islas Fidji había sido maestro y el amigo del joven Humboldt, que le debía mucho. A propósito, el hermano de Humboldt, Wilhelm von Humboldt, uno de los hombres más notables de su tiempo también, escribió en 1792: «Ideas para un ensayo sobre la definición de los límites del Estado», obra no ciertamente anarquista, pero tan antistatal como es posible en el género de John Stuart Mill (sobre *la Libertad*), Herbert Spencer y otros. Forster, enamorado de la revolución francesa, tomó parte en la tentativa hecha para implantarla en Maguncia, ciudad que estaba entonces bajo la dominación de un arzobispo. En París sus cartas lo demuestran en ese estado de espíritu el noble libro libertario de Godwin ha debido parecerle un alivio. Llama a ese libro libertario de Godwin ha debido «una obra de confesiones atrevidas y santas de la verdad, que ejercerá su efecto al menos más tarde, si ese efecto no se presentara actualmente»... Forster murió poco después, de enfermedad, pero con el corazón quebrantado por la desilusión de lo que veía como testigo íntimo. Sin eso, o bien la guillotina lo hubiese devorado como testigo malvisto o quizá hubiera aplicado su talento a la discusión y también a la propaganda de las ideas de Godwin, que debió comprender perfectamente y que le habían impresionado sin duda alguna mucho.

Otro alemán, Franz von Baader, joven entonces, fué igualmente fascinado por ese libro. Pero éste se convirtió pronto en un místico católico situado en el polo opuesto de las ideas libres y lucidas de Godwin. Baader era de Baviera, y es curioso notar que una traducción alemana de Godwin («Untersuchung über die politische Gerechtigkeit») por G. M. Weber fué publicada igualmente en Bauburg (Würzburg), 1803, vol. I, el único que apareció; no sé si entre Baader y este Weber hubo alguna relación.

Encontré un artículo de Benjamin Constant sobre el libro de Godwin, publicado en 1871, en el que este autor, de los más burdos y del justo medio, cuenta que en otro tiempo, en la época del Directorio, creó, preparaba una traducción francesa de la «Justicia política». Nada más opuesto que la anarquía y B. Constant; pero es lamentable que los pensadores franceses que lean tal poco

piedad común propuesta por Owen. Teníamos más de un millón de dólares a nuestra disposición, 28 mil acres de muy buen terreno, dos bibliotecas de las cuales cada una costaba treinta mil dólares y series enteras de sabios y de aparatos; con todo eso el entusiasmo más abnegado y una determinación honesta entre los jefes tanto como entre los adeptos; pero exactamente en proporción al interés de cada uno en el éxito de la empresa, toda diferencia natural de opiniones y de miras fué considerada como objeciones y como un accidente. Se prodigó la cortesía, las concesi- casó, se puso otra en su lugar, pero fracasó igualmente; se establecieron organizaciones modificadas de diferente modo que no daban más de dos o tres meses — y se produjo de nuevo el caos. Las diferencias de opiniones, de miras, de gustos y de fines personales parecían *acentuarse* justamente en proporción a la *formidad* que se impusieron. Durante dos años se pasó de ese modo; al fin de ese plazo no había más de tres personas, creo yo, que conservarían la menor esperanza de éxito. La mayoría de los experimentadores abandonaron la colonia sin fe en reforma alguna y los conservadores creyeron haber ganado la causa. Ensayamos *en* miniatura — habíamos jugado a la revolución francesa, obteniendo corazones llenos de desaliento en lugar de cadáveres como resultado.

Si la experiencia humana debe implicar una enseñanza esta lección grande y costosa ¿no debe servir nada?

«Al pasar revista a todos estos experimentos, una serie de reflexiones que sería demasiado ocioso seguir, fué la confirmación de todas esas experiencias; se constató que la ley natural de la diversidad se había impuesto a nosotros. Nuestros «intereses unidos» estaban directamente en guerra con las individualidades de las personas y con las circunstancias y el instinto de conservación; era preciso, pues, que cediesen nuestros planes o que cediese la naturaleza misma, y fué evidente que justamente en la proporción que las personas o los intereses entran en contacto, son indispensables concesiones y compromisos, y que allí donde una combinación implica todos los intereses de la vida, existirá el mínimo de libertad individual, y que siendo imposibles la armonía y el progreso sin medida de la *desintegración* o *individualización* de los intereses, lo cual es directamente opuesto en principio al plan de los intereses combinados o unidos del que acabamos de sufrir la derrota; — nuestro fin no podría ser, pues, alcanzado más que yendo, para explicarme de este modo, directamente hacia el norte, mientras que nosotros íbamos hacia el mediodía. El conservatismo mató la individualidad, el respeto a la experiencia del día y la sanción del instinto de nuestra propia conservación. Nuestras soluciones debían, pues, hacerse sin violar ninguno de esos signos característi-

a los ingleses en el original, no hayan tenido entonces ni después una ocasión de leerlo en la traducción.

He ahí lo que podría decir para definir y delimitar la influencia de ese libro que fué siempre leído, que fué célebre, pero que no circuló internacionalmente, y en todos los ambientes, para ser universalmente conocido; su autor mismo, que tenía aún más de cuarenta años de vida literaria ante sí, a causa de las llamadas necesidades de la vida, tuvo que olvidar pronto su audacia, aunque en el fondo estuvo orgulloso de ella.

Su sistema llega, — para una época en que la humanidad ha alcanzado un nivel más elevado de vida, es verdad, — al comunismo libertario y hace la crítica más reflexiva y explícita de toda especie de gobierno y de propiedad privada. La precisión de sus ideas, no sólo demuestra su gran talento y su convicción profunda, su lógica imperturbable, sino que testimonia también el esfuerzo intelectual de casi un siglo de crítica antiestatal y antimonopolista antes de él. Se puede decir sin exageración que ese libro está a la altura de la «Riqueza de las Naciones» de Adam Smith; poniendo al descubierto lo que el análisis de Smith nos ha ocultado y traza un plan lúcido para llegar hacia un porvenir radiante de belleza y de felicidad. El socialismo no había producido aún nada semejante. Pero ese solo libro no pudo detener el torrente autoritario que todavía no ha sido contenido.

Los medios preconizados por Godwin eran absolutamente pacíficos. «La mejor garantía de un desenlace feliz, dice, reposa en la discusión libre, sin restricción alguna... Por tanto, si queremos mejorar las instituciones sociales de la humanidad, nos es necesario tratar de convencer por la palabra hablada y escrita... La revolución es para él la hora de un esclarecimiento general de los espíritus, que permitirá a todo el mundo ver súbitamente las cosas bajo su aspecto verdadero. En una tal crisis salvadora, no habrá ninguna necesidad de violencia; los adversarios serán demasados poco numerosos y demasiado débiles para resistir al sentimiento universal de la humanidad.

Sea lo que quiera, se ve que la anarquía no era de ningún modo violenta y sanguinaria en su comienzos, como no lo fué jamás, aunque sus enemigos se esfuerzan siempre por presentarla como tal. Godwin razonó así sobre la base de una comparación entre el carácter unánime y no violento de las manifestaciones principales de la revolución francesa, de 1789 a 1792, con la guerra civil violenta que precedió al triunfo de la revolución inglesa en el siglo XVII (Cromwell) y atribuyó a la obra intelectual de discusión y de propaganda del siglo XVII antes de la revolución francesa. No conocía todavía la codicia feroz del capitalismo triunfante en aquellos por las máquinas que monopolizaba y la brutalidad que el militarismo y el nacionalismo imprimían a todo el período después de su libro. Ese libro apareció en el último momento de una edad

«Un remedio efectivo contra la miseria de las naciones... (1842). En una carta al congreso cooperativo, que fué en realidad el de los adeptos de Robert Owen y de Thompson, John Gray dice: "... En cuanto a mí mismo no estoy en relaciones con sociedad alguna, soy una especie de oveja vagabunda que no pertenece a ningún rebaño, pero estoy amistosamente predispuesto hacia vosotros..."»

Nadie en Inglaterra, ni siquiera en nuestros días ha tomado verdaderamente la sucesión de Godwin, pero éste, como Thompson y otros, ha ejercido largo tiempo una influencia indirecta que mantuvo el socialismo al margen del molde estatista.

IV

—El comunismo voluntario y extra estatista de Robert Owen y de sus camaradas, sin verdadera experiencia para sus arreglos inferiores, podía ser realizado de manera muy diversa, libertaria, o autoritaria, intolerablemente opresiva. De ahí dos caminos posibles, — el uno fué el aprendizaje de la libertad en ese medio mismo, experiencia ganada gradualmente, lo que se hizo por ejemplo en la Colonia Cecilia del doctor Rossi en el Brasil — hablaré de ella más adelante — el otro camino fué el volver la espalda a toda comunidad y tratar de realizar el individuo puro; ese camino fué elegido por primera vez con brillantez por el americano Josiah Warren el primer *anarquista individualista* de que tenemos noticia.

Warren nació en 1798 en Boston, Mass., de vieja cepa puritana. Fué un hombre de facultades mecánicas y también inventivas (en la tipografía) muy variadas, que estableció en principio que se podía aprender muy fácilmente no importa qué oficio y cambiar pronto un oficio por otro. Todo eso ha debido darle un sentimiento de gran independencia inclinado a innovar como los pioneros de esos días. Salíó de su esfera haciéndose miembro de la colonia New Harmony en 1825; se apartó desilusionado del comunismo en 1827 y ya en mayo de ese año fundó su primer «Equity store», almacén equitativo, que el público llamaba «Time store», almacén a la hora, puesto que según su principio fundamental de que el precio sería determinado por los gastos, no añadía al precio de una mercadería vendida más que el precio del tiempo que le había exigido su manipulación y venta.

Tomo de una de sus *Cartas periódicas sobre los principios y el progreso del movimiento de equidad*, vol. III, Nr. 4, Boston, julio de 1836, lo que cuenta sobre el origen de sus ideas es el relato de los primeros pasos del movimiento individualista anarquista:

«En 1825 — dice — el autor, con unas 800 personas aproximadamente, se fué a New Harmony, Indiana, con Robert Owen, para ayudar a la reconstrucción de la sociedad según el plan de la pro-

todavía ilustrada, no ofuscada aún por la autoridad victoriosa; la premoción no fué escuchada.

En los treinta años que siguieron a la «Justicia política», la miseria aguda de los obreros de las fábricas y el descontento profundo de los artesanos de las grandes ciudades provocó revelaciones como la de los destructores de las máquinas (Luddites), conspiraciones (del coronel Despard, de Thistlewood, etc.), sindicatos obligados a ser asociaciones secretas que luchaban resueltamente, practicando el sabotaje y muchas otras cosas, comienzos del socialismo político que apuntaba en el Charismo, la propaganda de Robert Owen, ya descrita, y una fuerte tendencia de socialismo experimental, que trataba de crear una sociedad nueva al lado de la antigua, por sus propios medios, *hic et nunc*.

De esta última tendencia, que deja a un lado al Estado y al sistema capitalista, William Thompson (nacido hacia 1775, muerto el 18 de marzo de 1833) es el representante más activo, abnegado y consciente. Propietario de tierras en Irlanda, conde de Cork, las ideas de Jeremy Bentham le entusiasmaron primeramente, después las de Owen. En su famosa *Investigación de los principios de la distribución de la riqueza que llevarían mejor hacia la dicha humana en su aplicación al sistema nuevamente propuesto de igualdad voluntaria de la riqueza*. Londres, 1824, 24 y 600 páginas en 8.º, propone primero un mutualismo muy preciso, el cambio igualitario de los productos, pero a la mitad del libro se le ve reñante al comunismo libre, lo mismo que en otros dos libros más pequeños (1825 y 1827) de los cuales el primero es una defensa de la mujer («Manifiesto de una mitad de la raza humana, de las mujeres, contra las pretensiones de la otra mitad, los hombres...») — y con sus contribuciones esparcidas por los periódicos. Impulsaba más que otro alguno a la acción, es decir a la fundación verdadera de comunidades obreras a las cuales él y otros simpatizantes estaban dispuestos a ayudar con sus medios; él mismo, muerto en medio de todo ese trabajo, dejó su fortuna a su causa.

Existe de él una Circular a las clases industriales de Bretaña y de Irlanda, y principalmente a nuestros vecinos, los tejedores de Spitalfields, que están en la miseria (Spitalfields es un distrito obrero de Londres), fechada en Cork, el 22 de septiembre de 1826, que muestra cuáles eran entonces los sufrimientos de los obreros, y qué derechos, qué reivindicaciones les aconsejaba Thompson reclamar.

Si deseáis obtener esas cosas — continúa — no tenéis que hacer más que cambiar simplemente la dirección de vuestro trabajo. En lugar de trabajar para no sabéis qué, *trabajad el uno para el otro*. En lugar de ocuparos todos en la seda, en la confección de zapatos o en la lana, que algunos de vosotros produzcan alimentos, otros construyan y reparen las casas, construyendo alojamientos, maquinaria, muebles; que otros hagan vuestros vestidos de lino, de

lana o de algodón, zapatos, medias y sombreros, etc., y que algunos de vosotros continúen produciendo artículos de seda y otros, que se demandan generalmente, para adquirir en cambio esos artículos que exigen la necesidad y el confort y que nuestro clima o nuestro suelo no permiten producir entre nosotros o para encargarnos necesarios — o bien disponed del exceso de producción ordinaria para esos fines. O haced esto; que un número suficiente de vosotros, tejedores de seda, se una a un número más grande de agricultores y de otros artesanos y que provean así mutuamente a sus necesidades, siendo productores y consumidores, unos y patrones uno en relación al otro».

«Con este fin es preciso alquilar un terreno para siempre o para un largo tiempo o con el derecho de comprarlo en un tiempo determinado añadiendo una cuota al alquiler, — un terreno bastante amplio para producir por vuestro trabajo, en abundancia, las materias primas para las diversas piezas de vuestro vestido. Algunos levantarán edificios, primero para las manufacturas más esenciales, después para viviendas, lo más hermosas que vuestro juicio y vuestra predilección exija. Otros producirán alimentos e instrumentos, produciendo así para cada uno todo el confort y más tarde de todas las elegancias deseables. Os será preciso distribuir hombres y igualmente a cada miembro de vuestra comunidad todos los medios de dicha de que disponéis, en particular todos los medios que resultan de la riqueza producida por vuestro trabajo unido cuando las facultades de todos son igualmente atendidas y dirigidas del modo más productivo de dicha para todos...»

«... Resolvedos, haced un ensayo. Personas expertas en todo género de actividad, os ayudarán. Vuestra propia felicidad y la de vuestros descendientes será asegurada; y los principios egoístas de la concurrencia cederán pronto en todas partes al principio benévolo de la cooperación mutua universal. Tendréis la dicha de mostrar el camino, en Inglaterra, en esa gran obra».

Es un hecho patético que hoy aún, un siglo más tarde, ese mismo llamado, casi con las mismas palabras, podría ser dirigido a la gran masa de los obreros, y que en 1824 como en 1824 los que emprenden una obra semejante en una escala tan vasta como la que Thompson prevé y solicita, — serán siempre los primeros el dar ese gran paso hacia la asociación directa del trabajo de los diversos oficios para trabajar uno para el otro y no para un patrón conocido o anónimo.

Ese impulso que Thompson y sus amigos querían dar a la acción obrera fué ciertamente un esfuerzo libertario porque implicaba la eliminación del patrón y la asociación mutua voluntaria.

El «mutualismo» fué elaborado con bastantes atenciones, aunque de una manera un poco mecánica, por John Gray, escocés, en su «Conferencia sobre la dicha humana», (1825), en su «Sistema social, tratado sobre el principio del cambio» (Edimburgo, 1831), y en

Toynbee se documenta principalmente del catedrático de la Universidad de Dijon, Luis Baudin, el cual es de raigambre eminentemente marxista. Ambos, y además Prescott, C. Wiener, Eric Boman, Markham, H. Bingham, el propio Eliseo Reclús, no tienen más fuente de información que los historiadores de la Colonia que escriben con un subjetivismo impropio de los historiadores modernos, mucho más conscientes de la responsabilidad de su trabajo que el ya mencionado Garcilaso Inca de la Vega, pesadamente cargado con el complejo del mestizaje en su propia sangre.

Garcilaso encabeza una banda de escritores que hay que colocar en la cuarentena en tanto que historiadores: Ondegardo, Cieza de León, Gómara, Velasco, Montesinos y varios otros. Estas son las fuentes únicas donde pueden abreviar los científicos conscientes del siglo pasado y el actual y todos aquellos enfocan la historia del Incario bajo el ángulo unilateral peruano.

Se relega injustamente al olvido y al silencio el Kolla, el Aymara, que quiere decir antiguo, al verdadero artesano del sistema, incluyendo la religión. Los primeros Incas: Manco Kapac y Mamma Ocllo provienen del Titicaca, lago genuinamente Kolla. El propio Tiahuanaco que hubiera podido ser la piedra de Rosetta del Incario a no ser por la irreverencia colonial que trituro casi todos sus monumentos para convertirlos en terraplén del ferrocarril Puno-La Paz, el propio Tiahuanaco, repito, no ha merecido la atención que merece, en particular si tenemos en cuenta que sus ruinas son las más antiguas de toda América y pueden remontarse a períodos tan lejanos como los que han caracterizado a las civilizaciones del Viejo Continente.

Lo que fuera Creta para la civilización que colocó a Atenas en la cima de las ciudades cultas, lo ha sido el Kollaysuyo, emplazado en la actual Bolivia, para el Incario que tan bruscamente fuera truncado por la irrupción de los conquistadores españoles. Es una rectificación que se impone en todos aquellos historiadores que quieren ser rigurosamente imparciales.

III. — La ausencia de la escritura y el «Quipus»

El desconocimiento casi absoluto que de las viejas culturas que yugulara el Incario se tiene, hay que hacerlo extensivo hasta el norte del Continente donde nacieran y se desarrollaran culturas que hoy día son el orgullo del país más viril del Nuevo Mundo: México.

Los escritores de la Colonia afirman que la ausencia de documentos escritos, en el Incario, obedece a una medida del Estado absolutista. Debe ser cierto: Es imposible que al grado de cultura a

que habían llegado los pueblos del altiplano y de la costa pacífica, no hubieran habido atisbos de lenguaje escrito aunque éste hubiera quedado reducido a la escritura ideográfica. El «Quipus» cuyo lenguaje de nudo y color era solo comprendido de los amautas es mucho más difícil, en su mnemotecnica, que la escritura ideográfica empleada por las civilizaciones del Viejo Mundo. Hay que admitir esta posibilidad como hay que admitirla entre los regímenes que poblaran los territorios del actual México. Dávila Garibi en su obra «La escritura del idioma Nahuatl a través de los siglos» señala que en la época de Izcoatl (1428-1440) el estado tomó la medida de destruir numerosos códices porque, como él señala: «No es necesario que toda la gente sepa lo que está escrito. Los vasallos se echarán a perder, y, además, solo estará el país en engaño con que se conserve la mentira y muchos sean tenidos por dioses».

Con todo, la medida radical adoptada en el Incario no tiene paralelo en las otras civilizaciones y a pesar de la destrucción de tanto códice en el Anahuac y alrededores existe documentación bastante en espera de que los sabios acampados en estado permanente en la Mesopotamia, Egipto y Mediterráneo Oriental, se decidan a atravesar el Atlántico para escudriñar en los manuscritos y bajorrelieves de México.

IV. — Diversidad de culturas

Pareciera que Toynbee, hablando de solo dos civilizaciones americanas, la Inca y la Maya, no quisiera dar beligerancia a las diversas culturas que se derraman en el territorio mexicano.

Es verdad que se refiere a civilizaciones que no sufrieran ninguna influencia externa y que se desarrollaron independientemente de las demás y sin conocimiento alguno de su existencia.

Teniendo en cuenta estas últimas condiciones las afirmaciones del historiador inglés están en lo cierto en lo que respecta a la Maya, por lo menos hasta el momento presente y de acuerdo con el estado actual de las pesquisas.

Las demás civilizaciones y culturas del Anahuac se han transmitido siempre su acervo cultural de unas a otras, desde la llamada arcaica hasta la azteca, pasando por las dominantes de turno. Ejemplo de ello lo tenemos en la célebre pirámide de Cholula cuya base rebasa a la propia de Keops en Egipto. Esta pirámide está integrada por siete pirámides yuxtapuestas que representan, cada una de ellas, las diferentes culturas que pasaron por la actual Cholula. La más antigua es la arcaica, sigue la olmeca, la tolteca, la chichimeca, la teotihuaneque, la zapoteca y la choculteca.

Al igual que en el Perú, cuando los españoles hi-

cieron irrupción en México, los aztecas estaban iniciando la afirmación de un imperio que poca cosa tenía que envidiar al Incario en cuanto a extensión. Los aztecas habían ya subyugado a todos los pueblos por ellos conocidos y los propios mayas, en franca decadencia, eran tributarios del Anahuac. Para mantener en pie el espíritu bélico, el azteca había ideado la «guerra florida» que ejercía contra Tlaxcala, república independiente con el beneplácito de las jerarquías mexicanas y con la que combatían periódicamente para ejercitar a sus soldados y abastecerse de víctimas para los sacrificios rituales.

V. — El sacrificio de víctimas humanas

El sacrificio humano de los aztecas ha sido siempre un borrón enorme que nos ha impedido, a los que miramos con ojos europeos, ir más lejos en la búsqueda de las virtudes que pudieran existir en el seno de las civilizaciones americanas. Poco a poco, y gracias posiblemente al temperamento sensitivo del artista en primer lugar, se ha ido descubriendo el enorme bagaje artístico-cultural-científico de esos pueblos del Nuevo Continente que, sin ayuda de la rueda ni del hierro, se han permitido legarnos una secuencia escultórica y pictórica, arquitectónica y médica, astronómica y agrícola que nos obliga a meditar nuevamente sobre el concepto despreciativo que sobre América se ha forjado en Europa.

Un sacrificio ritual con el corazón de un ser

humano no denigra más a una sociedad que una silla eléctrica, una horca, un garrote o una guillotina. ¡Estamos a la par Europa! pueden gritarnos los americanos.

En todo caso, parece ser, los Mayas sólo practicaron el sacrificio humano después de haber sufrido el impacto azteca. Aislados del resto del continente por la maleza tropical de la península del Yucatán, los Mayas se forjaron a pulso su cultura y sus conocimientos. Los istmos de Teuhantepec en el Oeste y el de Guatemala en el Oeste continúan oponiéndose, con su maleza exuberante, al paso de la civilización. No había más ruta que el mar azul y los Mayas inventaron, sin ayuda de nadie el sistema vigesimal. Emplearon antes que los hindostánicos el número más importante de las matemáticas: el cero. Conocieron la órbita que traza la Tierra alrededor del Sol con más aproximación que el calendario Gregoriano. El arte alcanzó metas elevadas como lo demuestran los frescos de Bonampak entre otros. La propia escultura, antes del impacto azteca y sufriendo la influencia del Anahuac, es revolucionaria y atrevida. La ética nos recuerda a la China por el gran amor que se porta a los ancianos y la franca hospitalidad al viajero. Como los Incas, las faltas que más severamente castigaban eran el robo y la mentira. Que la ética maya estaba encauzada hacia el bien lo demuestra el pensamiento de Zammé: «Sólo se ha de tomar lo que es bueno para el bien».

VICTOR GARCIA



EL MODERNISMO EN EL TEATRO

EL máximo pontifice y sostenedor del modernismo en Arte, eso de la pintura en cuadrados, ese cubismo tan ponderado, el famoso Picasso, expresó, en 1952, al formularle una pregunta Juan Papini, hace poco desaparecido, algo que por cínico e irresponsable, no debe ser olvidado, entre lo cual se lee: «En el arte, el pueblo no encuentra consolación ni exaltación, pero los refinados, los ricos, los ociosos buscan en él la novedad, lo extraño, lo original, lo extravagante y lo escandaloso.»

Yo mismo he contentado, desde el cubismo y mucho antes, a todos los críticos con todas las bromas que se me ocurrieran y que ellos más admiraban cuanto menos comprendían. A fuerza de ejercer todos estos juegos, esos rompecabezas y esos arabescos, yo me he hecho célebre rápidamente. Y la celebridad significa, para un pintor, ventas, fortuna y riqueza. Y ahora, además de célebre, soy rico...

En contraste, y referente a la misión del teatro, — lo que ahora, no sabemos por qué, se califica con eso vago, difuso, retórico y cómodo de «mensaje», — Moratin, en su «Reseña histórica sobre el teatro español», ya señala la misión o «mensaje» que corresponde al arte teatral, cuando expresa: «Debe ceñirse la buena comedia, a presentar aquellos frecuentes extravíos que nacen de la indole y particular disposición de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educación o en el trato, de la multitud de leyes contradictorias, feroces, inútiles o obscuras, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares o religiosas o políticas, del espíritu de corporación, de clase o de palanaje, de la costumbre de la pereza, del ejemplo, del interés personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones capaces de turbar la armonía, la decencia, el placer social y causar perjudiciales consecuencias al interés privado y al público...»

Y sigue el señalamiento de objetivos o «mensajes» que al teatro corresponden, como puede leer cualquiera en la página 469 de la mencionada obra, publicada en París por la casa Garnier Hermanos, a principios de siglo.

Y vienen a cuento estas transcripciones, por el hecho de haber concurrido a varios espectáculos del llamado Teatro Moderno entre nosotros, y especialmente en los en que para dilucidar el valor de obras y autores de tal categoría, se plantea, en los llamados independientes, vocacionales o «amateurs», palique, discusión, polémica entre las nuevas generaciones, los intelectuales, las «élites» emancipadas y libres que se estiman de sensibili-

dades y capacitaciones «snobistas» que, de tan libres, a veces traspasan lo correcto, como lo que presenciábamos en uno de esos espectáculos, en cuyo programa, entre las disposiciones para los asistentes, se leía: «3. — No encenderá cigarrillos dentro de la sala. Lo impone la Ley y lo exige la seguridad colectiva», pero, se dió el caso de que, el Dr. dirigente del debate a desarrollarse, apareció con el cigarro, lo mismo que su acompañante, lo que hizo que en la sala en seguida, damas y caballeros de espíritu libre y emancipado, muy de nuestro tiempo, encendieran cigarrillos, llenando el ambiente de humo, atentando contra la salud y libertad de los fumadores y a la «seguridad colectiva», sin que ni los dirigentes ni algún concurrente, observara la contradicción.

Y es de considerar, en pro de la brillante emancipación femenina, que eran en mayor número las damas que fumaban, que los caballeros... Cosa que nos pone el magín en hervor al pensar cómo se entiende esa liberación del bello sexo que, no sólo se esclaviza con un vicio más, sino que se perjudica con el morbo tabaquista, con el funesto nicotinismo. Reconocemos que estamos muy lejos de ese vanguardismo y avacismo de grillete y morbo...

Y ello se evidenció más durante la discusión surgida en torno a dos actos, en uno de los cuales, un tarado profesor tortura con su *pathos* a una pobre muchacha que quiere aprender, llegando en su «detraquismo», al asesinato. Y en el otro, un par de ancianos vencidos, demuestran su lamentable complejo, más cerca del manicomio que del normal vivir. En ambos actos, pobres criaturas, hablan, discuten, se pelean sin que de ello surja ni el conocimiento del por qué unos y otros llegaron a tan lamentables taras, ni las causas de su evidente esquizofrenia o paranoia.

Sin embargo, los discutidores que surgieron en el palenque, vieron «mensajes», estética, arte, profundidad conceptual y filosofía, en torrentes, que no pudimos lograr a concebir si el resto de asistentes llegaron a entender algo de lo que se atribuía al autor, a las obras y al contenido o «mensaje» que los perorantes captaron en la representación, según su verbórrica ecléctica. Para nosotros, mientras se desarrollaba el espectáculo, íbamos pensando en lo triste y lamentable que es que, los elementos independientes, se gasten en un trabajo agotador de dos o tres personajes, para no presentar ni resolver ninguno de los problemas o «mensajes» que reclama el mundo actual, la sociedad presente, cualada de explotaciones, crímenes, injusticias, vejámenes, venalidades, odios, falsos dogmas, tropelías mil que, por doquier desarticulan el vivir humano y señalan el estado caótico y bestial de su destino.

Narración

FUSILADO AL AMANECEER

para Pepe y Julia

ERA yo un esmirriado e insignificante mocoso barbilampiño, sin otra condición que ver para las muchachas, cuando sucedió este martirio en cuatro viacrucis que voy a contarte, si es que permaneces con la cabeza descubierta. El Castillo del Castro no disparó sus cañones. La ciudad era bombardeada en las fiestas patrias, cuando algún campanudo rondaba nuestro pueblo o cuando una flota guerrera echaba humo sobre la bahía. Cuando fusilaron a Chuco, mi amigo, que tenía otro nombre, pero le apodábamos «Alcalde dos Cruceiros», permanecieron silenciosos.

Lo mataron los falangistas, con todos los honores correspondientes a los Grandes de España. Murió en silencio. Sin ruido. A la manera de su alcurnia. Porque el negocio de tener que morir era cosa suya. No podía transferirselo al augusto y bienamado Pacelli ni al parricida Jack el Destripador que había sentado sus reales en la taberna de Burgos.

Tampoco doblaron los bronce de las campanas. España estaba desangrándose en aquellas Navidades. Y no había bolos da lareira con especias, castañas asadas, quente viño con mel ni cantos de xeitura ni cohetes sobre los rastros. No había luces en las casuchas, fogatas que las calentaran derritiendo la nieve de los tejados, ni risas de niños y ancianos, requiebros de jóvenes y dulzura en los ojos de alegre mirar. Las Navidades de 1936 celebráronse con cantos funerarios.

Vigo hervía en una enorme caldera de sangre. Rondas patrullaban calles y aldeas. En la penumbra, barcos piratas descargaban equipos de guerra. Tropas, en cuarteles oscurecidos, movíanse destinadas a los frentes. Falanges y policías husmeaban, beodos, a través de las cerraduras en la «caza del rojo». Mas allá, en las líneas de combate, ardían tierras y almas con fuego de obuses y preciosa dinamita escondida en las minas de carbón.

Lo conocí cuando tocaba el trombón, cuyos alaridos talaraban el aire. Un famélico musicante comedor de gorriones, que llegara a nuestro pueblo, tuvo la mala ocurrencia de formar una orquesta. Sorteaban la distribución de los instrumentos y a Chuco le tocó ese cuerno

por el que todos los días soplabo rabiosamente como un condenado.

— Sudores avisa que mañana entra el Wences. Va a pelear con el Turco.

— Eso sería digno de ver.

— Y dijo que necesita seis mil toneladas. Habrá que trabajar día y noche.

— ¡No puede ser! El Wences solo recibe seiscientas.

— Sudores, así lo dijo.

— ¡No importa! Seis mil toneladas de carbón no las consume la escuadra española, que es la primera del mundo.

— Tanto carbón vale más que el imperio inglés... Tendrían que ir a piratear libras para pagarnos...

— ... y mandarnos de regalo sus reinas, que dicen que son muy bonitas.

— Sudores, dijo y él sabe.

— También dijo que los españoles no le habían zurrado en Trafalgar...

— Eso es verdad. Está escrito en «El Zaragozano»...

— ... y lo que hubo de cierto es que los españoles, ya cansados de tanta pelea, sacaron los barcos del agua y los guardaron en las montañas de Samertolamen...

— Para cuando necesiten nuevamente otra tunda ¿no es verdad?

— Eso es lo que Sudores ignora.

Chucho era feliz dentro de su camisa. Sus espaldas habían abastecido de combustible a muchas flotas de guerra inglesas, francesas, alemanas que en visita de corteja, conquistaban nuestro puerto. Pero la tarea resultaba agobiadora y el hado se le indispuso. Rebelóse contra el capataz de la cuadrilla y allí comenzó su desgracia. Cambió de profesión. Picando la piedra, el duro granito de oriente gallego y diente de caballo, sobre la que duerme la ciudad, una chispa introdujosele en un ojo. Tuvo que usar gafas de negros vidrios. Mas, cierta noche en que gastábase una broma con sus amigos, la guardia civil les agió la fiesta. Con el apresuramiento de la huida, un poste interpúsosele en el camino y quedó hecho una lástima...

En rigor, existe más densidad, más crítica de taras, más espíritu constructivo en cualquier obra de Sánchez, de Ibsen, de Mirbeau, de Saw, de Milière, de Moratin, etcétera., que en esas que se nos presentan tan semejantes a los pastiches que enriquecieron a Picasso y que le permiten tomar el pelo, tan ostensiblemente, a sus admiradores y seguidores, que no en esa intromisión modernista en el escenario, para las que, si se quiere hallar contenido, ideas, críticas, cuanto años atrás pedía ya Moratin, hay que exprimirse el cerebro, remover el caletre y suponer o inventar resultancias a capricho de cada uno, ni más ni menos que en el cubismo pictórico, escultural, literario ante el que, si no le acompaña argumentación, retórica y ampulosa verbal, nos quedamos a oscuras.

Nos parece que, y que se nos perdone el «pasatismo», a los grupos o elencos independientes, libres, «amateurs», no enfocan su labor con menos pretensiones de «snobs» o de virtuosismo «pour épater», su trabajo estéril y su entrega no conducen a nada.

Deben buscar y hallar o crear las obras y los autores que, con claridad, reciedumbre y valentía, ofrezcan problemas del día, críticas a las cosas torcidas, cuestiones o «mensajes» bien asimilables, en pro de la cultura verdad y de la vigencia resolutiva que demandan los problemas de hoy: económicos, sociales, críticos, políticos, familiares, éticos, humanos, en fin.

¿Y no sería realmente más moderno?

Ahora no tocaba el trombón. Golpeaba los platillos. Eran unos discos metálicos de segunda mano que, para apreciar su resistencia, había probado contra una red y resultaron muy buenos. Simultáneamente, mi amigo vio-se enfrentado a otro problema muy grave.

Tuvo la desgracia de aprender a leer. Para cargar los barcos y picar la piedra, no se necesitaba inteligencia, pero, para soplar el trombón o estallar los platillos era preciso conocer el abecedario por lo menos. Hubo gran revuelo en la casa porque su padre tampoco sabía leer y aun así había combatido en la guerra de Cuba siendo ascendido a furriel. Contaba increíbles hazañas de heroísmo llevadas a cabo por los españoles que hicieron correr a los cubanos y a los vaqueros yanquis hasta la boca de los tiburones para evitarse el cargo de conciencia de matarlos. La manigua y las cubanas, rendíanse a la sola presencia de los españoles ¡que eran muy galantes y valientes! Y cuando abandonaron la isla fué para dejarlos libres, sin tener que destrozar el Morro de la Habana ni molestar a sus bellas mujeres y evitarse el trabajo de tener que conquistar Norteamérica. ¡Esto todo el mundo lo sabe! Está escrito hasta en el Libro de Teléfonos. ¡Los españoles son así!, concluía el viejo.

A medida que Chuco iba avanzando en el aprendizaje, descubría cosas bien raras que le enseñaban los libros. Era tan fácil aquello...

Cierta día lo llamaron al cuartel. Lo midieron y pesaron, despachándole luego por tren como carga rumbo a Algeciras. Allí, obligáronle a cruzar el mar para escupirlo en Marruecos. Ceuta, Melilla, Larache, Tetuán, Xauen, entre cuyos estripes quedaron jirones de tantos españoles, le eran tan comunes como el Barranco del Lobo y el Monte Gurugú. ¡Los muy bandidos, metieron su cuerpo dentro de un uniforme de mala bayona y entregáronle un fusil! Y mi amigo, el «Alcalde dos Cruceiros», fué obligado a matar...

Y cuando recobró su libertad, como tantos otros antes y después, escondido en las bodegas de un carguero, llegó a Buenos Aires, lar de los gallegos del mundo, recontrado de una exprimida tierra expatriada. Ahora podía hablar con los hombres, discutir, asistir a reuniones y conferencias, comprar libros, ¡libros! disfrutar la libertad de vivir. Pero, Buenos Aires también tenía capataces, chiquillos famélicos, injusticias infernales. Y los pájaros no cantaban en las casas de los pobres que rondaba la miseria.

El llamado telúrico de la tierra meiga que reverdecía en promesas de gran alcance, le tendió los brazos. Y cierto día, cargado con sus libros, retornó con aquel tesoro por toda fortuna a su pueblo donde amores lo esperaban.

Chuco habíase escondido en las aldeas. Era al anoecer cuando se informó que aquella era Nochebuena. Recordó de su compañera y acometió la osadía de cenar juntos. Era la fría y blanca Nachebuena del norte ibérico, con sus pinos hieráticos y regatos cantarines. Un sentimiento de piedad alentóle a descender al poblado.

Estaban cenando en la semioscuridad cuando, súbitamente, irrumpen en su casa tres esbirros, armados hasta los dientes, que le venían persiguiendo. Encañonándole las pistolas, en un santiamén lo esposaron. A golpes, fué arrancado de su asiento al instante que descargaban sobre su compañera y él las bestialidades más soeces de todas las lenguas primitivas.

Arrastraron a mi amigo para llevarlo a la casa del cura :

— Cayó otro « rojo ». Lo buscamos desde hace cuatro meses.

— Es de los condenados que quieren la libertad.

— Es un enlace de los « rojos ».

— Están organizando un movimiento contra nuestra cruzada.

— Tienen armas escondidas.

— ¿Dónde están? ¿Quiénes son los conspiradores? ¡Habla!

— Sabemos todo. ¡Habla! Te vamos a dar la libertad...

— ¡A ver! ¿Quién hizo estallar el material de guerra que conducía el «Hawershawen»?

— ¿Quién? ¡Contesta!

— Confíesalo. Di la verdad, hijo mío... recomienda el cura... Recuerda que a Villaverde lo arrastraron a la cola de un caballo por toda la ciudad. Al Rabioso también. Que el doctor Gil falleció de muerte misteriosa, que tus otros amigos no corrieron mejor suerte... Recuerda la hija de Mella.

— ¿Dónde tienes los libros, miserable condenado? ¡Hay que quemarlos! ¿Dónde están?

— ¿Quiénes son tus compinches — vociferaban los jallanges.

— Denuncia los que robaron de la sacristía el dinero recolectado para el movimiento.

— ¿Por qué no has asistido a misa, hijo mío? Eres ateo, lo sé, pero la palabra de dios te conduciría por buen camino. Encomiéndate, hijo. Confíesalo todo — agredaba el cura.

— ¿Quién quemó el cuartel de la Falange?

— ¿Quién ha dicho que algún día la justicia ha de cogernos a todos?

— ¡Habla!

Chuco no respondió una sola palabra. Con su cara sonriente y aquella blanca dentadura de vegetariano impertérrito miraba con dulces ojos a los cuatro asesinos que blasfemaban, soberbios, prepotentes e implacables. Su compañera había enterrado los libros. Ninguna de las acusaciones tenían fundamento y él sabía que eso tampoco tenía importancia porque su suerte estaba echada.

Uno de los criminales habló aparte con el sotanudo y, nuevamente a empujones, lo embutieron en la noche, ¡través de aquellos pueblitos que iban quedando atrás, con sus angustias, sus llantos y sus miedos y monocoordes cantos de difuntos escondidos en el horror de descubrir a la mañana siguiente nuevos cadáveres de asesinados por los sicarios de la cruzada. Y fué así que entre pinos y robles centenarios inició el camino de su largo calvario, desde su pueblo, a través de Beado, Sárdoma, Bembríbe, Cabral, Puzeiros, su gólgota, por recodos y arroyuelos entretenidos en escuchar el leve rumor de su aliento. Al otro extremo de la bahía, los barcos largaban a tierra pesados cajones con material bélico contrabandado por los moros blancos de Hitleria que febrilmente trenes y camiones conducían a los frentes de lucha asturianos y castellanos.

Y, a la vuelta, un poco más allá de las estribaciones montañosas, estaba Madrid... ¡Y de Madrid surgía la libertad para los desventurados de toda España y del mundo! La defensa de la invicta ciudad castellana, golpeaba en su corazón con latidos potentes. El aire, los árboles sin hojas, la nieve con su frío cortante, las casas achaparradas que trataban de hundirse en la tierra para desaparecer al vendaval sanguinolento desencadenado por las furias de todos los criminales del universo; y las rejas de las cárceles, las familias aterrorizadas y las cadenas de hombres camino del suplicio tenían los ojos y el alma en la resistencia miliciana y en el triunfo definitivo! ¡De Madrid vendría la redención, la luz que prendería fuego en las conciencias adormecidas por siglos de ancestral barbarismo, la justicia que terminaría con aquella borrachera de sangre!

El cuartel estaba semioscurecido y lo tragó en su enorme boca hambrienta. Movimiento de reclutas y arras-

LOS LABORIOSOS

La parábola de los laboriosos es bien el símbolo de la actividad material de una civilización que, como la nuestra, es industrialista y capitalista. Todos se amontonan por las calles y las plazas, todos se apretujan en los tranvías, en los cafés y en los teatros, todos vociferan en la Bolsa, todos se entrechocan en las reparticiones públicas y en los llamados juegos deportivos, procurando cada cual engañar, triturar, comprimir, tomar por asalto las posiciones ya ocupadas. ¿Y todo ese tráfago para qué? Pues, al parecer, «para vencer en la vida», Victoria que es una expresión elástica, de conciencias elásticas y que significa para los emparedados, para los superficiales: alcanzar «honras», riquezas, posición social, poder, autoridad, etc. Mas nosotros, que amamos a Epicteto, pensamos con el gran sabio griego: «Para juzgar si un hombre es libre, no miremos sus dignidades; porque cuán más elevado y encumbrado está, es más esclavo.»

Maria Lacerda de Moura

*

SE trataba bien de hombres. Caminaban erguidos sobre sus pies y hablaban un lenguaje articulado. Pero su forma asombró a Psicodoro. La Primera singularidad precisa que llamó la atención de su mirada fué la multitud de sus brazos y de sus manos. Tuvo la intención de contarlas. Pero tan numerosos miembros, los unos potentes y largos, los otros cortos y enfermizos, estaban tan irregularmente colocados: encima de la cabeza, en el pecho, en las piernas. Otros más pequeños los cubrían, como un ramaje, mientras que ramitas y hojas cubrían su aspecto. Y todos aquellos brazos eran un pueblo en

pleno trabajo. Alguna vez, alguno de ellos se desplomaba agobiado, parándose en una lasitud extrema. Pero casi de repente, un sobresalto lo apresuraba de nuevo al esfuerzo. Se daba prisa, fatigado, jadeante y avergonzado, como un esclavo temeroso que vése sorprendido por un amo implacable.

En aquel país la noche no existía. Continuo era el trabajo de los brazos enfermizos o fuertes. Ninguna dulzura de sueño, ninguna paz tenebrosa. Y encima de la agitación múltiple de cada cuerpo, la inmovilidad de un sol que era siempre una quemadura perpendicular.

Las casas no existían, tampoco los vestidos. Contra las mordeduras hirientes del sol, no había otra protección que unos pocos árboles. Aquellos hombres a veces se disputaban la escasa sombra en breves combates. Pero pronto necesidades inexorables y urgentes separaban a los adversarios, que huían en seguida.

Los alimentos eran frutos silvestres, bellotas amargas, animales difíciles de capturar debido a las múltiples preocupaciones de cada espíritu, todo muy escaso. Cuando dos laboriosos encontraban el mismo alimento, se entablaba una lucha mucho más larga que por la que se hacían para la conquista momentánea de la sombra, hasta que uno de los combatientes caía muerto. Lo más a menudo cubrían el suelo los dos adversarios con sus breves agonías y sus mil estertores. Sin embargo, algunos que se levantaban débiles, se alejaban con un gran trabajo de brazos más rápido que nunca. Pues ninguno parecía sucumbir debido a los aplastantes golpes del enemigo. Tal vez, en el ardor de la lucha, habían olvidado alguna necesidad vital. Como si se tratara de hombres ordinarios que peleaban varios días y varias noches sin comer y sin dormir.

Se adivinaban otras singularidades en aquellos cuerpos cubiertos con la incesante agitación de mil manos. Nada en verdad se podía distinguir de preciso: las movientes manos cubrían la desnudez de aquellos hombres como un estremecimiento de mil harapos que por instantes se levantaban y caían de nuevo.

trasables, sotanudos y falanjas de pistola. Todo ocurrió rápidamente. Mi amigo fué presentado al retén de guardia. Dieron aviso al comandante que increpó a los sicarios:

— ¿Quién manda esto? ¡Esto no es un matadero! ¡Aquí tenemos cosas mucho más importantes que hacer! Bien podían haberse quedado ustedes con el regalo!

— Es un enlace «rojo», escapado desde hace tiempo.

— Es ateo. Tenía libros.

— Había estado en Buenos Aires.

— Victorioso el movimiento reconquistaremos América para la cruzada. Allí, iremos de puerta en puerta, exterminando a los descarriados. Terminaremos con la libertad — dijo indiferente el arrastrables.

— ¡Venceremos! ¡No pasarán! ¡Viva la libertad! — gritó Chuco a todo pulmón. Y su voz resonó a través de los muros del cuartel y se perdió en el viento y en la noche.

El interrogatorio fué breve y cortante como hacha filosa para derribar árboles. Las pocas preguntas quedaron sin respuesta en el martirio. El cura no obtuvo mejor éxito en su propósito de confesión.

Chuco, «Alcalde dos Cruceiros», mi amigo, tenía los ojos fijos y muy abiertos. Continué sonriendo cuando su cuerpo recibió la descarga de los fusiles. Proseguía sonriendo cuando el jefe del pelotón le disparó el primero, segundo y tercer tiros de gracia, ya en el paroxismo de la desesperación.

Chuco había muerto antes.

Amanecía.

Cuando escucho alguna orquesta de viento y se celebran las Navidades, mi amigo se me viene al recuerdo y en silencio, repito las estrofas: «Oíd el ruido de rotas cadenas, sin esclavos el mundo, mirad».

CAMPÍO CARPIO

Psicodoro intentó interrogar a los Laboriosos. Pero no tenían ni tiempo para hablar. Gritaban con dolor o con cólera la preocupación que les atenazaba por mil lados : — ¡Yo, aullaban, yo y mis miríadas de yos!

A pesar de todo, el filósofo llegó a conocer todas las rarezas y extravagancias de aquellos cuerpos. Pues se detuvo y estudió algunos de los cadáveres que los Laboriosos dejaban con indiferencia pudrir bajo la inmovilidad del sol.

La mayoría de los órganos escondidos en nosotros, eran en ellos visibles. Los pulmones estaban allí, en sus pechos, como dos senos grotescos. Su corazón, su hígado, su estómago, sus intestinos, sus riñones, innoblemente desnudos, estaban suspendidos de sus vértebras como pedazos de carne en los ganchos del carnicero. Nervios, venas y arterias, reunían todos aquellos horrores.

Psicodoro comprendió el trabajo terrible que hacían aquellas manos condenadas, el trabajo terrible que de sus mil necesidades simultáneas atenazaba y desgarraba al pensamiento. Las manos, ordenadas por el pensamiento inquieto, debían, como se exprimen unas esponjas pesadas y llenas de agua sucia, exprimir los pulmones llenos de aire impuro. Luego se dilataban aquellas vivientes esponjas, alegrándose con la pureza jovial del aire. Y en seguida había que expulsar de nuevo aquel aire viciado. ¡Cuántas tareas en todas las partes del cuerpo, arrastraban al pensamiento hacia círculos inexorables, aquellas manos! Las manos, ordenadas por el inquieto pensamiento debían apretujar la energía elástica del corazón para hacer correr las arterias la purificada sangre, para hacer subir a los pulmones la sangre impura que el aire lavaría. Era necesario también con mil presiones débiles en las arterias inmóviles, hacer correr por todo el cuerpo la sangre nutricia; por mil presiones en las venas perezosas, llevar de nuevo al corazón la sangre pesada y privada de sus virtudes. Mientras tanto, otras manos, las más grandes, buscaban, dirigidas por los ojos siempre huraños y temerosos, la comida problemática. Cuando los dientes la habían triturado, las manecillas la conducían por todo el tubo digestivo, la maceraban en el estómago, la prensaban en el hígado, es-trujando diversas glándulas para regar los alimentos con los líquidos que los hacen asimilables.

A cada instante, su pensamiento ocupado por una multitud de cosas, siempre olvidaba alguna. Un dolor vago murmuraba una llamada, y si ésta era escuchada, pronto se hacía oír a los gritos, dando más tarde grandes alaridos. El pensamiento se daba prisa en dar sus órdenes, las manos también lo hacían para aliviar la tensión. Pero a veces los gritos del dolor procedían de varias partes. El pensamiento era como un general que ve su ejército debilitarse por doquier y que no sabe qué hacer con sus reservas. Un momento de agitación, de indecisión, una orden de las diez urgentes transmitidas, si llegaba un poco tarde, el Laborioso se volvía en seguida un cadáver.

★

Psicodoro se alejó de aquel espectáculo penoso hasta la locura. Y tuvo lástima de los Laboriosos. Felicitándose debido a que todas las tareas, en que se ven ellos

condenados, se hacían en él sin que se diera cuenta e eran simplemente inútiles para su cuerpo.

— Soy feliz, decía, porque mis pulmones sepan respirar sin que yo me ocupe de ellos. Soy feliz al constatar que mi sangre está inmóvil o fluye, al margen de mi voluntad, tan espontáneamente que puedo creerla inmóvil. Soy feliz porque mi corazón haga él mismo sus latidos. Soy feliz por poder ignorar la labor de mi estómago, el trabajo de mi hígado y la obra de todos mis órganos.

Recordando las risas irónicas que había oído en su vida, pensó en aquella del sofista enriquecido que por todas partes decía : «Multiplicad vuestras necesidades y multiplicaréis vuestros placeres». El infeliz se había hecho así mil necesidades artificiales, y tenía, para satisfacerlas, las manos de innumerables esclavos. Pero su pensamiento, tristemente ingenioso como un pobre, quejándose moviendo, para mantener el poco de materia compuesto por su cuerpo, tanta materia incoherente. Daba a sus miembros la alegría lenta de la ociosidad, la alegría corta del placer. Pero su pensamiento era el más tiranizado de los esclavos, el más agobiado con trabajos enloquecedores.

Además, los pensamientos de la mayoría de los hombres parecían a Psicodoro como los cuerpos de los Laboriosos. También estaban hachos con mil agitaciones, torturados con mil necesidades y con mil absurdos trabajos, dispersados en mil pequeñas afiebradas manos. Pero el pensamiento de Sócrates o el pensamiento de Diógenes se erigía armonioso como como la belleza de una noble estatua, como el pensamiento sereno de Atenea o como la sonrisa fácilmente triunfal de Afrodita.

HAN RYNER

(Tradu. : V. M.)

NOTA FINAL. — La felicidad alcanzable en la transitoriedad de nuestra vida, antes de que llegue el día «del destierro final» (Horacio dixit), no está en la acumulación mórbida de las cosas superfluas, en las aspiraciones alocadas y desmedidas, en los afanes insaciables, en los placeres agobiadores, sino en la simplicidad estoica. Vigilar serenamente el buen funcionamiento de nuestra salud (punto cenital de la resistencia individual a la muerte fatal) y tener la serenidad de un pensamiento incommovible, ante el tráfago innecesario del gregarismo humano. La amistad desinteresada, el estudio que supera, el mínimo de trabajo esclavo para asegurar el poco pan que se necesita, la mayor libertad posible (el mayor de los bienes deseables), la comunión con la bioestética de la naturaleza, la realización plural del amor heterosexual, el cultivo esmerado del pensamiento mediante la meditación habitual, etc. Y la siembra calculada para «el parto individual de las conciencias». Que cada ser humano se conozca a fondo, se realice, rompa todos los lazos de los muertos, sea él mismo, viva su vida y no la de los «laboriosos». Tendiendo siempre a la simplificación, a la virtud y a la armonía. — V. M.

LOS JUANES DE CERVANTES

FINANDO el año 1547, don Juan de Cervantes supo que un nuevo nieto había nacido en Alcalá de Henares, al que pusieron de nombre Miguel. Juan de Cervantes el abuelo paterno y Juan Pardo el padrino de pila. Juan se llamó el séptimo hijo de los esposos Cervantes, don Rodrigo y doña Leonor: este niño que acompañó a su padre y a sus hermanos a Sevilla, debió de morir en Madrid, probablemente antes de que Miguel partiese a Roma. El abuelo Juan, establecido en Córdoba como jurisconsulto, es muy probable que no conociera a ninguno de los siete nietos, muy probable que ni a su nuera doña Leonor conociese. Don Juan enraizó en Córdoba, su hijo Rodrigo en ninguna parte. Hay que representarse a don Rodrigo sin alas, pero con ruedas —entonces no había patines— en los incansables. Por los días en que Miguel vino al mundo, don Juan de Cervantes declinó el cargo de juez —movido por razones de delicadeza—, tan probablemente ejercido en Osuna en los dominios del Conde de Ureña, don Juan Téllez Giron, y volvió a abrir bufete en Córdoba.

El maestro de composición de Cervantes en el Estudio de la Villa y Corte fué el P. Juan López de Hoyos, dirigiendo dicho Centro. Nadie caló primero que él lo que «su caro y amado discípulo» prometía. Muere la reina de España, y don Diego de Espinosa, presidente del Consejo real, encarga a su protegido el docto clérigo de San Andrés la relación de las exequias tributadas a S. M. difunta. «Lejos de ser un maestro de cortas luces como se ha dicho —señala Babelon— López de Hoyos era en esta época, en Madrid, el representante del humanismo más nuevo». «Or, dans sa «Relation», il cite notamment Erasme de Rotterdam». Y agrega: «Ce qui nous importe en cette affaire, c'est que le premier maître qui ait exercé sur Cervantes una influence, était un érasmiste décidé». El P. López de Hoyos expiró antes de que su discípulo agotase en Argel su calvario.

Juan de Austria, el hijo del rayo de la guerra, hermano natural de Felipe II, el de la victoria de Lepanto, el descrito por numerosas plumas según el retrato atribuido a Sánchez Coello —poco masculino, por cierto—, flaqueza de Miguel de Cervantes Saavedra. Celoso Felipe II de la popularidad de don Juan y de su renombre como soldado (cubriose de gloria en las Alpujarras peleando contra el moro) le puso por cabeza visible de la batalla naval, en la creencia de que fracasaría y esto abatiría su orgullo. Tuvo la intención de coronarse en Túnez, a lo que se adelantó su despierto hermano, obligándole a trasladarse a Loidia. Don Juan no era ya el mismo hombre: la derrota de Navarino oscureció su gloria, eclipsándose casi totalmente con la pérdida del Fuerte de la Goleta bajo el mando de Porto Carrero, quien de pesar —dice Navarro Ledesma— murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. No sabiendo Felipe II cómo

deshacerse de su hermano, le confirió el gobierno de los Países Bajos, preeminencia recaída primero en Margarita de Austria o de Parma —también hermana natural del rey—, y luego en el prudente Recasens, al que le fué imposible dominar la situación, debido a la sangre todavía fresca, que a torrentes hizo correr el duque de Alba. Don Juan de Austria dirigió una de las conspiraciones en bien de la desdichada Maria Estuardo, con la que aspiraba a casarse, muriendo misteriosamente —lo propio que en Madrid su secretario Escobedo— en una hostería de Flandes.

Otro Juan: el jardinero navarro que tan noblemente ocultó en una cueva a Miguel, junto con los demás compañeros de la tercera tentativa de fuga. En aras de su buen corazón sucumbió al furor de Azánbajá, del inhumano modo que F. Navarro Ledesma refiere: «Su amo Azán le había ahorcado por sus propias manos, colgándole de un pie al tronco de una palmera y entreteniéndose después en jugar al tira y afloja con la cuerda que al cuello le atara para que durasen más el padecimiento y la agonía. El pobre jardinero tenía la cara negra con vetas azules: sangrienta le colgaba la lengua fuera de la boca: hilos de sangre corrían de la nariz al suelo y bordeaban los párpados morados, entre los que blanqueaban, fuera del casco, los globos de los ojos, ya sin brillo. De vez en cuando, unos esclavos negros sacudían la palmera y el cadáver se zarandeaba con macabras contorsiones, y sobre él caían y rebotaban los dátiles malduros...»

El P. Juan Gil, trinitario, negoció con Azánbajá la redención de Cervantes, hallándose éste en la nave cargada de esclavos, dispuesta ya para partir a Constantinopla. Juan Rufo, del que Gracián en «Agudeza y arte de ingenio», tantos y tan repetidos elogios hace como poeta, fué gran amigo de Cervantes y no menos desdichado que él. Juan Gracián imprimió, en Alcalá de Henares (1585), la primera parte de «La Galatea». Juan de Urbina, generoso protector de Cervantes en la Villa y Corte. Juan de las Navas, propietario de la casa que habitaron los Cervantes en Valladolid, la de la chismerría, al ocurrir la muerte del aventurero Espeleta. Juan de la Cuesta, primitivo autor de «Quijote». Juan de Jáuregui, presunto autor del retrato de Cervantes, que en poder de la Academia de la Lengua obra. Azorín se inclina a creer que Jáuregui, Caballero de la reina, pintor, poeta, traductor de la «Aminta» del Taso, en 1600, fecha bien patente del retrato, tenía unos 16 años habiendo nacido en Sevilla en 1483 y no en 1570, como en casi todos los diccionarios reza.

Un Juan malo, un Juan Judas, indigno de figurar entre los Juanes de Cervantes, reprobado por su conducta, a rendir de la de Avellaneda: Juan Blanco de Paz, fraile.

PUYOL

DE UNOS
A OTROS

Preguntas y respuestas

Esta rúbrica, iniciada en colaboración con el A.B.I.C. (Archivo Biblioteca de Información y Consulta) se encarga de responder, según permita la documentación con que dispone, a todas las preguntas que los lectores de CENIT tengan a bien formular. Su fin tiende a sentar la verdad de las cosas, enriquecer conocimientos y satisfacer deseos.

1º. — ¿Podríais decirnos en pocas líneas en qué consiste el socialismo?

Respuesta. — La teoría socialista, como todo lo teórico, no tiene una definición determinada y común. Tiene tantas como definidores, mas, el hecho de que tenga muchas indica que ninguna ha adquirido audiencia general. Podemos, pues, dar algunas, pocas, de las muchas que se conocen:

«El socialismo es el movimiento hacia el orden común asociativo. Su realización es de carácter económico jurídico.»

«Socialismo es todo sistema que implique supresión o reducción de las rentas capitalistas con miras a instituir derechos colectivos limitando los individuales.»

«No hay socialismo sin igualdad económica.»

«Según H. de Man, socialista fué Platón y los esenios. De Man hoy no admite otro socialismo más que el que conlleva la idea del bien común mediante una propiedad común.»

«Socialismo, según otros, es la doctrina que subordina el individuo a la colectividad.»

«Otros dicen que es una reforma económica del régimen de propiedad con objeto de asegurar al individuo mayor independencia material y moral.»

«Hay incluso quien confunde socialismo con solidaridad y ésta con la caridad al estilo cristiano. De ahí que cuando estos últimos, es decir los cristianos, dan una limosna, digan satisfechos: hay que ser un poco socialista.»

★

2º. — ¿Cuándo y por qué tuvo lugar lo que en la historia de España se conoce por «Escaramuza isabelina de Madrid»?

R. — Fué en septiembre de 1840. Se trata de una revuelta para hacer cumplir la Constitución que aseguraba la corona a Isabel II. Durante su reinado hubo pronunciamientos, cada uno por motivos diferentes, por lo menos aparentemente: 1835, 1836, etc., cada año hasta 1866 que tuvo lugar la última con el general Prim en cabeza.

3º. — ¿Puede decirsenos algo del papel que ejerció la invasión de los griegos en España?

R. — La llegada de griegos a España no puede apellidarse invasión. Hacia un siglo que en España existían los fenicios cuando llegaron los rodios —de Roda, primeros emigrantes— desembarcando en diversos puntos del litoral, fundando colonias, más tarde convertidas en ciudades.

Rosas, Ampurias — antes Emporio o Emporium —, provincia de Gerona; Denia (Alicante) que debe su nombre a Diana, diosa de la caza; Sagunto (Valencia) y otros pueblos, fueron fundados por los rodios.

La historia no registra ninguna batalla originada por la sed de conquista de los griegos. Al llegar a España se instalaban en desiertos y con su esfuerzo fundaban poblaciones.

★

4º. — Quisiera reunir documentos sobre «La Maison du Peuple» que se ve en Francia, equivalente, según deduzco, a «Casa del Pueblo» que en España los políticos socialistas escribían en sus locales.

R. — Viendo hoy en qué ha quedado la idea de «Casa del Pueblo», nadie puede imaginar ni el motivo ni el origen, pues dista mucho del uno y del otro.

Los hombres más sensatos e ilustres de la historia, como Reclús, por ejemplo, concebían la «Casa del Pueblo» de la siguiente manera: «será mucho más bella que un palacio real en Persépolis, Fontainebleau o Versailles, porque satisfará todos los intereses, todas las alegrías y todos los pensamientos de los que antes eran la multitud, la turba, la masa, y a quienes la conciencia de libertad ha transformado en asamblea de compañeros.

»Ante todo el palacio será de vastísimas proporciones, puesto que un pueblo se paseará en sus patios, en sus galerías y en los paseos de sus jardines; inmensos depósitos recibirán provisiones de toda especie necesarias a los miles de ciudadanos que allí se hallarán reunidos los días de trabajo y de fiesta: el «pan del alma» en forma de libros, cuadros, colecciones diversas, no será menos abundante que el pan del cuerpo en las salas de la casa común, y todas las previsiones para bailes, conciertos, representaciones teatrales deberán verse ampliamente realizadas.» (Será: CIENCIA, ARTE, VIDA).

El pensamiento vivo de JOSIAH WARREN

Man seeks freedom as the magnet seeks the pole or water its level, and society can have no peace until every member is really free.
WARREN

BUSCA el hombre la libertad, como el magneto el polo o como el agua su nivel, y la sociedad no tendrá paz hasta que sus miembros sean realmente libres.

★

Existe siempre una individualidad del rostro, de la estatura, del aspecto, de la voz, que caracteriza a cada uno, y cada una de estas peculiaridades es inseparable de la persona; ésta no tiene poder para apartarse de ellas, pues constituye su individualidad física, y si no fuera así, la confusión más monstruosa desorganizaría todas nuestras relaciones sociales.

★

El hecho que estas peculiaridades de cada uno sean inseparables de cada uno, que no sean conquistadas, que no sean separadas o « enajenadas » en cada uno, es, aparentemente, el único elemento de orden social que el hombre no ha derribado o sofocado en su demente carrera de « política » y « utilitarismo »; y esto, además, es escogido como el primer escalón en su ascenso hacia el orden y la armonía.

★

Los elementos que constituyen la individualidad física de cada persona, están tan diversamente combinados en cada uno, que no se encuentran dos individuos con los mismos. ¿Qué debemos deducir, por consiguiente, de las miríadas de combinaciones de impresiones, pensamientos y sentimientos que constituyen la parte mental de cada persona?

★

Todo pensamiento, todo sentimiento, todo impulso es, en el momento de su existencia, una parte constituyente del individuo como el rostro o la talla; y sin embargo, todas las instituciones humanas nos exhortan a que seamos iguales en pensamiento, motivo y acción.

★

No solamente hay dos espíritus iguales, sino que ninguno de ellos permanece idéntico a sí mismo de una hora a otra.

★

Se borran las viejas impresiones mentales y otras nuevas hacen su aparición; constantemente son formadas nuevas combinaciones de viejos pensamientos; y viejas combinaciones desaparecen.

★

La atmósfera circundante, el contacto de diversas personas y circunstancias, el alimento que nos permite subsistir, las condiciones de los órganos vitales, la circulación de la sangre y otras muchas influencias, todo esto se combina y obra diversamente en cada constitución individual, y como los cambios del caleidoscopio, raramente o nunca se presentan dos iguales, incluso sobre el mismo individuo.

★

Es filosóficamente erróneo criticar a las gentes por lo que hicieron de ellas su nacimiento, su educación y el ambiente.

★

Esta última actitud es necesariamente ofensiva e injuriosa y tiende a rechazar a muchos de los mejores y a ponerlos contra nosotros: si pudiéramos atraer su atención lo bastante para ser entendidos, podrían contribuir voluntariamente a la salvación de la revolución deseada.

★

La educación debe existir en todo lo que nos rodea. Si debemos preparar a los niños para la vida futura, la educación debe abarcar entonces aquellas prácticas y aquellos principios que serán la existencia en la vida futura.

★

Si queremos que los niños practiquen la equidad entre sí en la vida adulta, debemos rodearlos de prácticas equitativas y tratarles equitativamente; si queremos que los niños mañana nos respeten, empecemos por respetarlos ahora.

★

Si queremos que los niños respeten las peculiaridades individuales y la libertad de los otros, tenemos que respetar nosotros las peculiaridades individuales y la libertad personal de los niños.

Si hemos de capacitar a los niños para la confirmación y afirmación en la vida futura, tenemos que darles la posibilidad de hacer lo mismo en la infancia y la juventud.

★

Si pretendemos que los niños sean en la edad adulta capaces de orientarse a sí mismos, deberán practicar ese derecho en su infancia.

Los niños son principalmente hechuras del ejemplo.

★

Si hemos de enseñarles a conducirse racionalmente, teniendo en vista las consecuencias de sus actos, ha de permitírseles que se orienten sufriendo las consecuencias de los mismos en la infancia.

★

Si maltratamos a los niños, mañana ellos nos maltratarán a nosotros.

Si la infancia ve que intentamos gobernar a los otros, ellos imitarán más tarde la misma barbarie.

Hagamos que la infancia vea que nosotros respetamos el derecho del individuo a su propia soberanía, y así se volverá igualmente respetuosa de nuestros derechos y de los del prójimo.

NOTAS DIVERSAS

1. — Josiah Warren (1798-1874) fué uno de los más activos expositores de los movimientos comunales de América en el siglo XIX. Tomó parte en cuatro experimentos comunales, cuyos tres últimos fueron por él fundados: 1825-27 en Nueva Armonía, Indiana; 1835-37 en la Comunidad Equitativa, Tuscarawas County, Ohio; 1847-51 en Comunidad Utopía, Clermont, Ohio; y 1850-62 en Tiempos Modernos, Brentwood, Long Island, Nueva York.

Además, Warren fué un prolífico inventor. Entre sus inventos se cuenta la primera máquina circular de imprimir que se usó en los Estados Unidos, así como de un nuevo tipo de lámpara eléctrica. Músico de rara habilidad, enseñó música en Nueva Armonía, en donde era director de orquesta. Por algún tiempo experimentó en Cincinnati el « Comercio Equitativo », aceptando los bonos de trabajo como intercambio de productos. También encontró tiempo para fundar dos diarios: EL REVOLUCIONARIO PACIFICO de Cincinnati y LETRAS PERIODICAS de Tiempos Modernos. Las ideas de Warren fueron muy lúcidamente expuestas en la obra de Stephen Pearl Andrews LA CIENCIA DE LA SOCIEDAD, publicado en 1852. Murió cerca de Boston a la edad de 76 años.

(Prof. James J. Martin en el artículo JOSIAH Warren, aparecido en LIBERACION, mensual independiente de Nueva York, diciembre de 1957).

2. — Partiendo de sus principios, anunció Warren LA SOBERANÍA DEL INDIVIDUO y como, según su condición, cada ser humano representa una unidad física y síquica especial, quería que cada individuo fuese su propio orientador y realizador. Es decir, ningún otro debía tener el derecho a inmiscuirse en la formación de la vida personal. Pero en lo que se refiere a las relaciones sociales de los hombres, encuentran éstos su fundamento esencial, según su interpretación, en el intercambio equi-

tativo de los productos de su trabajo, que excluye toda explotación de los unos por los otros.

Rudolf Rocker en el libro PIONEERS OF AMERICAN FREEDOM, Pioneros de la Libertad en América, Los Angeles, 1949).

3. « Todo hombre — dijo Goethe —, es bastante fuerte para exponer sus propias convicciones ». Afirmación que tenía para mí una ilustración curiosa en la habilidad con que Warren impresionaba con el sentido de una verdad esencial, en sus ideas y planes para reemplazar instituciones que han surgido en las lejanas edades de la historia.

(Moncure D. Conway, en el libro AUTOBIOGRAFIA, 1905).

4. — THE PEACEFUL REVOLUTIONIST (El Revolucionario Pacífico) ha sido el primer periódico anarquista aparecido en el mundo. Fundado en Cincinnati, en 1833, compuesto y escrito por Warren, hoja de cuatro páginas, tuvo breve existencia.

Para documentarse sobre Warren pueden adquirirse los siguientes libros:

MEN AGAINST THE STATE (Hombres contra el Estado) por el profesor James J. Martin. Valiosa obra publicada en 1957 por la « Libertarian Book Club » de Nueva York. La más completa que existe sobre el anarquismo científico de América y que hubiera merecido los elogios de Max Nettlau al respecto. Introducción de Harry Elmer Barnes. Trescientas seis páginas litográficas, con una excelente bibliografía y un meticuloso índice de nombres citados. Contiene tres partes y la primera está dedicada a Josiah Warren.

El citado libro de Rocker apareció en California. Puede lograrse una traducción castellana rotulada EL PEN-SAMIENTO LIBERAL EN LOS ESTADOS UNIDOS (Argentina, 1944).

Conviene, sobre todo, documentarse en las bibliotecas, estudiando la agotada obra de William Bailie: JOSIAH Warren, THE FIRST AMERICAN ANARCHIST (J. W., el primer anarquista americano), Boston, 1906.

La obra práctica de Warren, ACCION Y CULTURA, es el camino más viable y factible para las agrupaciones libres que, deseando realmente escapar a la asfixia del totalitarismo de Estado que se avecina, traten de crear el fermento pacífico de una sociedad nueva. V. M.

(Selección de V. Muñoz.)



MICROCULTURA

51. — El lago de Constanza está al norte de Suiza; lo bordean Alemania por el norte y Austria por el sudeste.
52. — Cuando Ponce de León descubrió la Florida, le puso el nombre de «Bimini».
53. — El 27 de enero de 1756 nació el gran músico Wolfgang Amadeus Mozart.
54. — La ciudad de Campeche está en la península mexicana de Yucatán.
55. — Juan Fichte fué quien escribió los «Discursos a la Nación Alemana».
56. — Se llama «urubú» a una especie de buitre que vive en América del Sur.
57. — Las islas Tonga están en la Polinesia, al sur del Pacífico.
58. — Francisco Antonio Moñino, hombre público español, era conocido por el «conde de Floridablanca».
59. — El rascacielos la «Torre de Madrid», edificado en la capital de España, es el edificio más alto de Europa.
60. — El río Miño divide por el norte a España con Portugal.
61. — Los montes del Cibao están en la región central de la República Dominicana.
62. — La ópera «Lucia de Lamermoor» fué compuesta por Cayetano Donizetti.
63. — Se llama «géyser» a un surtidor de agua hirviendo que sale de la tierra.
64. — «Argumentum ad hominem» es cuando se rebate a alguien basándose en lo que dice.
65. — «Salmodiar» es cantar monótonamente.
66. — La constelación de Géminis está en el hemisferio boreal, cerca de Can Menor y Orión.
67. — La última biografía de Kropotkin es «The Anarchist Prince», que ha sido traducida ya al francés. La escribieron G. Woodcock e I. Avakoumovitch.
68. — Los somorgujos son unas aves palmípedas del hemisferio boreal.
69. — Se llama volatería a la caza de aves hecha con halcones.
70. — Los entozoarios son unos animales parásitos que viven en el interior de otros.
71. — Las lomas de Casilda están en la región de Cienfuegos (Cuba).
72. — Una restinga es un banco de arena en el mar, a poca profundidad.
73. — A Benedicto Spinoza se le considera el exponente clásico del panteísmo.
74. — Schopenhauer fué quien dijo: «¡Cuán larga es la noche ilimitada del tiempo comparada al breve ensueño de la vida!»
75. — Hay ciertos peces que tienen los ojos divididos de modo similar a las lentes de los anteojos bifocales y cuya parte superior está adaptada para la visión en el aire y la inferior para la visión en el agua.
76. — El 10 de mayo de 1760 nació Rouget de l'Isle, autor de «La Marsellesa».
77. — Existen más de 40.000 especies diferentes de peces conocidas en el mundo; ese número es superior al que corresponde al total de las especies de mamíferos, aves, reptiles y batracios.
78. — La viruela loca es una de las enfermedades infantiles menos graves, pero es muy contagiosa.
79. — A veces la rama de un manzano sostiene manzanas dos veces más grandes que las de otras ramas. En tal caso, aquella rama es aprovechada para injerto de pie, y al crecer éste, dará frutos de la misma característica.
80. — El 10 de mayo de 1930 moría en Córdoba el pintor español Julio Romero de Torres.
81. — El 22 de abril de 1500 el navegante portugués Pedro Alvarez Cabral descubrió el Brasil.
82. — El río Orinoco, de Venezuela, tiene un largo de 2.900 kilómetros, de los cuales 1.670 son navegables.
83. — El 22 de abril de 1724 nació Manuel Kant, el gran filósofo alemán, autor de «Crítica de la razón pura», de «Crítica de la razón práctica» y de «Crítica del juicio». Partiendo de la duda, reconstituyó la certidumbre por medio de la razón. Falleció en 1804.
84. — El 15 de febrero de 1933, en Miami, pretendieron asesinar al presidente Franklin D. Roosevelt, el cual resultó ileso, mas no así su acompañante, el alcalde de Chicago, que resultó mortalmente herido.
85. — Se llama «hipocentro» de un terremoto el sitio dentro de la corteza terrestre donde se produce la «acudida». Y su «epicentro» es el punto de la tierra donde se siente con más intensidad.
86. — En 1819 se fundó en Cuba la ciudad de Cienfuegos.
87. — En 1898 comenzó la guerra entre España y Estados Unidos.
88. — La «Mata-Hari», célebre bailarina francesa, ejecutada como espía de los alemanes durante la primera guerra mundial, se llamaba Gertrudis Margarita Zelle.
89. — La república más antigua y pequeña del mundo es la de San Marino, dentro de Italia. Fué fundada en el siglo IV, y tiene sólo 61 kilómetros cuadrados.

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant : E. Guillemau. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

El grito de Millán Astray es, hoy como ayer, el grito de guerra de los tiranos de España. Ayer García Lorca y Miguel Hernández, hoy José Luis Gallego. Los versos que reproducimos los escribió el poeta en su celda de condenado a muerte en 1949. A Gallego no lo han matado como a Federico, pero esperan que se muera como Hernández « en la forma sin fondo del encierro ».

LO MISMO QUE VOSOTROS

¿ QUIEN vió morir a tantos y no ha muerto ?
Yo me morí y estoy bajo la tierra.
Ejecutado, muerto con vosotros.
También yo ensangrentada Primavera.

Con los que conocí. (¡ Oh, camaradas !
¡ Oh, montañas alzándose ! ¡ Qué pena !)
Y los que no ví nunca. (Mis hermanos
también). Jóvenes muertos tras la guerra.

★

LOS FELICES

En cambio de vosotros no me apiado.
Fuisteis los envidiables, los felices.
Muertos en pleno campo de batalla
y en las jóvenes manos los fusiles.

¿Verdad que aquélla fué una Guerra Hermosa?
¡La Guerra más hermosa! Pues posible
le fué al joven el ser en ella todo.
Hasta morir feliz : riendo : ¡ libre !

J. L. GALLEGO

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

- «Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 150 francos.
- «Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 200 fr.
- «Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 130 fr.
- «Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 150 francos.
- «Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 150 fr.
- «Ni victimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 100 fr.
- «Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 150 fr.

COLECCION «CENIT»

- «Ideario»: Ricardo MELLA, 250 fr.
- «El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 130 fr.
- «Frente al público»: Sebastián FAURE, 130 fr.
- «Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKINE, Cristina CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 130 fr.
- «La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 60 fr.
- «Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 60 fr.
- «Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor CITICICA, 50 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

- «Horas de Lucha»: M. G. PRADA, 550 fr.
- «Teatro argentino de Alberto Ghirardo» (2 tomos), 1.650 francos.
- «El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 600 francos.
- «De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 500 fr.
- «Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 600 fr.
- «Génesis, esencia y fundamentos del socialismo»: Emilio FRUGONI (2 tomos), 1.300 fr.
- «Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHA-RAVIGLIO, 630 fr.
- «Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 2.200 fr.
- «Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 1.200 fr.
- «Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 1.000 francos.
- «El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 900 fr.
- «Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 1.300 francos.
- «Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 750 fr.
- «Límites y contenido de la metafísica»: Pedro SAN-DENEGUIER, 750 fr.
- «La conquista del Pan»: Pedro KROPOTKINE, 350 fr.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

- «El sexo en la civilización»: Varios autores. Introducción de Havelock Ellis (3 tomos), 1.425 fr.
- «La cuestión sexual»: Augusto FOREL (3 tomos), 1.350 francos.

- «La madurez del amor»: Edward CARPENTER, 450 fr.
- «Física del Amor»: Remy de GOURMONT, 500 fr.
- «La selección sexual en el hombre»: HAVELOCK ELLIS, 500 francos.
- «Control de la concepción»: Alejandro LENARD, 450 francos.
- «Manual del Matrimonio»: H. y A. Stone, 500 fr.
- «El alma y el amor»: Magnus HIRSCHFELD, 500 fr.
- «Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 960 fr.
- «Tipos psicológicos»: C. G. JUNG, 630 fr.
- «El psicoanálisis de hoy»: Varios autores, 1.200 fr.
- «Matrimonio de compañía»: Ben B. LINDSEY, 330 fr.
- «Historia del amor»: Marguerite CREPON, 300 fr.
- «Sexo y plenitud humana»: Juan C. PELLERANO, 200 francos.
- «Ensayos sobre la vida sexual»: Dr. Gregorio MARA-NON, 600 francos.
- «El niño delincuente sexual y su evolución ulterior»: Lewis J. DOSHAY, 400 fr.
- «El arte de elegir mujer»: SAR PELADAN, 350 fr.
- «La inversión sexual»: HAVELOCK ELLIS, 200 fr.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

- «El sentido común»: Yoritomo TASHI, 450 fr.
- «Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 450 fr.
- «La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 450 fr.
- «Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 450 fr.
- «El hombre que hace fortuna»: Silvain ROUES, 450 fr.
- «La lucha por el éxito»: J. SALAS SUBIRATS, 450 fr.
- «El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 450 francos.
- «Cartas a su hijo»: Conde de CHESTERFIELD, 450 fr.
- «La alegría del vivir»: O. SWET MARDEN, 450 fr.
- «El hombre y el mundo»: Ralph WALDO EMERSON, 450 francos.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

- «Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.
- «Voltaire», por Arturo LABRICLA, 420 fr.
- «Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.
- «Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.
- «Froudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.
- «Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.
- «Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.
- «Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.
- «Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.
- «Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.
- «Stuar Mill», por H. TAINÉ, 600 fr.
- «Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.
- «Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.
- «Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.
- «J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Montseny — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid